
HARLEQUIN
Deseo
Un momento especial
Maureen Child



Un momento especial

Maureen Child



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un momento especial, n.º 1212 - abril 2016
Título original: The Royal Treatment
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-8186-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Jeremy Wainwright miró su reloj de pulsera, luego alzó la vista para abarcar el exterior del palacio. La estructura de tres plantas semejaba algo salido de un cuento de hadas. La piedra caliza gris parecía titilar en el fresco y despejado aire de noviembre, y la luz crepuscular resplandecía en los ventanales. Tenía la impresión de que si prestaba atención, sería capaz de oír el sonido metálico del entrechocar de las espadas y la llamada orgullosa de las trompetas.

Sentía una fuerte conexión con ese lugar y su historia. Durante más de doscientos años, los Wainwright habían estado en Penwyck, protegiendo a la familia real, guardando el palacio. Habían servido con respeto y honor y se sentía orgulloso de formar parte de ellos.

El viento procedente del mar era penetrante e hizo que agradeciera el grueso jersey azul que llevaba. Los árboles en el patio y los que había fuera de los muros del palacio exhibían el sello del otoño. Hojas rojas, doradas y amarillas crujían al viento y caían para inundar el patio con sus fragmentos de color.

Pero Jeremy no dedicó tiempo a apreciar la belleza del lugar. Su mirada aguda, alerta a los problemas, continuó con su rápida pero exhaustiva inspección y notó que todo parecía estar en orden. La Guardia Real recorría el perímetro con los rifles al hombro. Las puertas de hierro, que habían protegido el palacio durante siglos, estaban cerradas, impenetrables. Y los últimos grupos de turistas empezaban a abandonar la mitad del palacio dedicada al público.

Jeremy jamás se relajaba hasta que las puertas se cerraban detrás de los desconocidos. Sabía que era importante para los ciudadanos de Penwyck, por no mencionar a los visitantes extranjeros, poder recorrer el palacio.

Pero los recorridos organizados eran una pesadilla para la seguridad.

Había demasiadas cosas que podían salir mal. Un hombre que se saltara un punto de control con un arma oculta podía convertirse en un drama con rehenes. Y siempre estaba el dolor de cabeza de un

turista que se apartaba del grupo y terminaba por encontrar el camino a los aposentos de la familia real. Por no mencionar la costumbre de la reina de sorprender a veces a los grupos con una visita real.

Movió la cabeza y mantuvo un ojo en los visitantes que atravesaban las puertas de metal, y no dejó de vigilar hasta que las verjas volvieron a estar cerradas. Entonces, entró en la diminuta caseta de vigilancia para servirse un café antes de cerrar el turno.

Bebió un sorbo y dejó que el calor lo envolviera, sin prestar atención a las voces alzadas que se filtraban desde las verjas. Quienquiera que fuera, sus guardias podrían solucionarlo. Elegidos entre los mejores hombres del Ejército Real, y entrenados por él, podían solucionar cualquier cosa. Su deber era proteger al rey y a la reina y al resto de los personajes reales. No había ninguno de quien Jeremy no supiera que daría la vida por la familia real.

De repente pensó que por el sonido que oía, quizá ese acto de sacrificio estuviera en la agenda del día. Dejó la taza sobre la mesa, salió de la caseta y escuchó con más atención.

–Maldita sea –musitó–. ¿Es que los problemas no podrían haber esperado cinco minutos más? –comprobó que la pistola estaba guardada con discreción en su cadera derecha, debajo del jersey, y luego se dirigió hacia la verja.

Desde luego, primero oyó a la mujer. No le resultó difícil, ya que no hacía intento alguno de bajar la voz. Se detuvo en seco cuando reconoció esa voz. Fue como un golpe físico. Igual que cada vez que soñaba con ella.

Jade Erickson

Amante.

Ex mujer.

Incordio.

–Todavía no es demasiado tarde –musitó–. Aún tienes tiempo de subirte al coche y dejar que el pobre desgraciado que te releve se encargue de ella –su turno se había terminado. El teniente Gimble podía ocuparse de la situación–. Diablos –gruñó disgustado–. Es como enviar a un chico con una cerbatana a acabar con un tanque blindado.

No podía hacerle eso a Gimble.

El problema radicaba en que Penwyck era demasiado pequeño.

Durante tres años había logrado evitar una confrontación verbal con la mujer a la que en una ocasión había prometido amar, respetar y defender para siempre. Sin embargo, la veía mucho. Cada vez que ponía las noticias.

Jade Erickson era la estrella de PEN–TV. En una ocasión había sido la estrella de «su» vida. Pero se recordó que esos días hacía tiempo que habían acabado.

Medía un metro sesenta y cinco, con abundancia de curvas en una estructura pequeña. Curvas que recordaba demasiado bien. El pelo castaño rojizo que le llegaba a los hombros danzaba en torno a su cara bajo el viento frío. Aún podía recordar la sensación de sentirlo y los dedos anhelaron tocarlo otra vez. En el recuerdo, vio sus ojos verde mar adquirir una expresión soñadora y suave con el placer que le provocaba al amarla. En ese momento, esos ojos estaban entrecerrados y lanzándole dagas al teniente.

Más delgada que lo que recordaba, lucía un traje negro que se ceñía a cada curva, una blusa blanca y un diamante que centelleaba en su solapa. Cuando estaban juntos, no había tenido diamantes. Jeremy no podía permitírselos. Le había comprado una pequeña aguamarina, el color de sus ojos, engastada en el anillo de compromiso. Pero también eso había desaparecido.

Los dedos largos estabas cerrados en torno al emblema enrollado de las puertas del palacio, y mientras la miraba, las sacudió con fuerza. Rio fugazmente. No había cambiado tanto. Ese temperamento aún bullía bajo la superficie. Tenía una planta magnífica y supo apreciarlo a pesar de estar pensando en formas de echarla de allí.

Captó la mirada del soldado joven y lo despidió.

–Yo me ocuparé de esto.

–Sí, señor –el teniente se marchó agradecido.

Entonces se volvió para contemplarla y contuvo el aliento. Al mirar esos ojos oceánicos sintió como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Todavía le provocaba ese efecto.

Después de unos segundos de silencio rígido, tuvo que obligarse a hablar.

–Jade.

–J.T.

Jeremy Thomas. J.T. Solo su familia lo llamaba de esa manera.

Sonaba bien oyéndolo de labios de ella. Maldijo para sus adentros. Jade carraspeó y él se preguntó si habría sentido el mismo impacto de deseo. Llegó a la conclusión de que era mejor no mostrarlo.

–¿Qué haces aquí, Jade?

–Tú ya lo sabes.

Sí. Era una mujer obstinada.

–Si es por la entrevista, pierdes tu tiempo. Y lo que es más importante, el mío.

–Maldita sea, J.T. –volvió a sacudir las puertas–. Deberías estar ayudándome.

–¿Por qué? –preguntó.

–¿Por los viejos tiempos? –aventuró ella.

Miró más allá de Jade, al hombre mayor y delgado que sostenía una cámara sobre un hombro huesudo. Volvió a mirarla y al hablar lo hizo en voz baja.

–¿Por los viejos tiempos? ¿Estás loca?

Ella bufó y el acto le agitó el flequillo.

–Bien –soltó las puertas y alzó la vista para mirarlo con ojos centelleantes–. Olvida los viejos tiempos. Pero lo mínimo que podrías hacer es mostrarte educado.

–Lo fui –le recordó–. Las tres primeras veces que solicitaste esta estúpida entrevista.

–Pensé que si venía aquí y podíamos hablar cara a cara, cambiarías de parecer.

–Te equivocaste.

–El rey está enfermo, J.T., y la reina…

–La reina atiende a su esposo y no quiere una entrevista.

–Tiene que decir algo.

–Lo hará. Cuando ella lo decida.

–Solo intento cumplir con mi trabajo –afirmó Jade.

–Y yo.

Movió sobre el pavimento la punta del pie enfundado en un zapato de tacón alto.

–El pueblo tiene derecho a saber.

–El pueblo tiene derecho a saber sobre el puesto. No tiene derecho a invadir la vida privada de la familia real.

–El rey está enfermo –arguyó.

–Y atendido.

–¿Por quién?

–¿Sabes? –se inclinó para acercarse aún más–, si hubieras puesto está determinación en nuestro matrimonio…

Ella se ruborizó. Era bueno saber que aún podía hacerlo.

El cámara se aproximó más, y debajo de la lente brillaba una pequeña luz roja; Jeremy alzó una mano.

–Apague eso.

–Hazlo, Harry –ordenó Jade sin mirar al hombre. El otro obedeció y retrocedió unos pasos. Cuando volvieron a estar solos, se apartó el pelo de la cara y lo miró–. J.T, solo quiero cinco minutos de su tiempo.

–La reina está ocupada con su esposo. Le da la máxima prioridad a cuidar de su familia.

Jade hizo una mueca ante el golpe directo.

–Es un golpe bajo, J.T.

–Es posible –reconoció él, y para sus adentros admitió que era mejor no remover viejos resentimientos. No serviría para nada–. Pero no vas a cruzar estas puertas.

–Sabes que no se acaba aquí, ¿verdad?

–Sí, lo sé.

–Esto es importante para mí.

–No puedo ayudarte –y eso no lo hacía tan feliz como había pensado. Aún le llegaba hasta lo más hondo. El simple hecho de estar próximo a ella, de inhalar su perfume floral, bastaba para eliminar los años y transportarlo a aquel pequeño apartamento que habían compartido.

Cuando creían que tenían un futuro

Cuando eran jóvenes e ingenuos.

Cuando creían que el amor sería suficiente.

Jade miró en dirección de las puertas del castillo antes de volver a clavar la vista en él. Pudo imaginar los engranajes de su cerebro y supo que distaba mucho de haber abandonado el tema. Jamás había conocido a una mujer más obstinada. Era extraño pensar en ese momento que esa había sido una de las primeras cosas que le habían gustado de ella.

–Entonces, ¿esto significa la guerra? –preguntó ella.

Jeremy reconoció el tono. Siempre que se asustaba o se sentía arrinconada, se ponía rígida e iracunda.

–Si es así como lo quieres –afirmó. Ocultó una sonrisa de aprecio mientras la observaba contener una oleada de ira. Tuvo que reconocérselo. Pasados unos segundos, lo consiguió. No siempre había sido capaz de dominar ese temperamento. Aún tenía la cicatriz en la frente de un plato que le había tirado.

Nada menos que en su luna de miel.

Pero junto con esa cicatriz, también tenía el recuerdo de las horas que habían dedicado a hacer las paces. Había valido la pena ese pequeño recordatorio.

–Tienes que poner a otra persona en esta verja –indicó ella tras respirar hondo–. Tu pequeño soldadito es un imbécil.

–¿De verdad? –enarcó una ceja oscura mientras el deseo agazapado en su interior se mitigaba un poco.

–Se negó a dejarme entrar –espetó–. Se negó a responder a mis preguntas.

–Bueno –confirmó Jeremy–, entonces el teniente es tan brillante como lo había imaginado.

Jade suspiró y movió el zapato con un poco más de fuerza, luego apoyó las manos en las curvas deliciosas de esas caderas.

Jeremy rio entre dientes, cruzó los brazos y abrió las piernas. Cómodo con esa postura de combate, dijo:

–Será mejor que te vayas, Jade. No vas a pasar.

–¿Sabes? –lo evaluó de manera reflexiva–, deberías pulir tu trato con la gente, J.T. Jamás fue tu punto fuerte.

–Oh, está bien, viniendo de ti. A juzgar por la conversación que mantenías con el teniente Gimble, tú tampoco estás en posición de predicar sobre ganar amigos e influir en las personas.

Jade respiró hondo otra vez y soltó el aire despacio por la boca.

–De acuerdo, lamento eso. No he perdido los estribos en mucho tiempo.

Él se llevó un dedo a la cicatriz que se le veía en la frente.

–Es una lástima. La furia hace cosas estupendas en tus ojos.

Lo miró con expresión de advertencia, pero Jeremy sabía que esas verjas eran bastante fuertes como para frenar un tanque, de modo que lo protegerían de una sola reportera.

Incluso de Jade.

–Además, mi trato con la gente está bien, encanto –aseguró–. Creo que tienes problemas con mi trato con los periodistas. Con

franqueza, si no te gusta, significa que debo de hacer algo bien.

–Veo que sigues tan encantador como de costumbre –replicó.

–Solías pensar que era muy encantador –respondió.

–También solía creer en Papá Noel –soltó ella–. Luego crecí.

La frustración hirvió por debajo de la furia que despertaba en su interior. De todos los hombres que había en esa pequeña isla, ¿por qué tenía que ser su ex marido el que se interpusiera entre su objetivo y ella?

Alzó la vista hacia los duros ojos castaños de J.T. y en ellos no vio ningún destello de esperanza. Sin embargo, sí sintió ese lento y dulce oleaje de deseo. Lo había sentido nada más verlo. Un deseo palpitante y embriagador que casi la ahogaba. Y percibía que también él lo había sentido.

Era como si los últimos tres años no hubieran pasado. Tres largos años de no verlo, de no oír su voz, de no sentir su contacto… y bastaba con verlo para dispararse como un cohete.

–¿Jade? –la voz del cámara cortó sus pensamientos–.Vuelvo a la furgoneta.

Ella asintió, y creyó ver el amago de una sonrisa satisfecha en la cara de J.T. Era un hombre irritante, frustrante y absolutamente sexy.

En cuanto Harry se marchó, volvió a centrar su atención en la muralla de músculo que se interponía entre su destino y ella. Había intentado ser amable. Autoritaria. Pero nada había funcionado.

–Escucha –volvió a intentarlo, en esa ocasión con su voz patentada de «seamos amigos»–, no hay motivo para que no podamos llegar a un acuerdo.

La comisura de la boca de él se movió. O al menos es lo que ella pensó. Porque apareció y desapareció con tanta celeridad, que no estuvo segura. Pero se aferró a esa pequeña esperanza y no dejó de hablar con el mismo tono gentil.

–Somos adultos. Profesionales. Sin duda tiene que haber un modo de poder solucionar esta… dificultad.

Jeremy bufó y descruzó los brazos, proporcionándole una vista magnífica de un torso amplio que tendría protagonismo absoluto en la fantasía de muchas chicas.

–Eres increíble –la recorrió de arriba abajo con la vista, de un modo que fue como si la tocara.

Jade se encogió un poco ante el destello de calor que le recorrió la corriente sanguínea, pero aguantó. Si no había conseguido que se marchara con la intimidación, no pensaba dejar que lo lograra con la excitación.

–Gracias –dijo.

–No fue un cumplido.

Ella respiró hondo y clavó las uñas en las palmas de las manos.

–Jade –continuó Jeremy antes de que a ella se le pudiera ocurrir una réplica ingeniosa–. Te lo he dicho todos los días, no vas a pasar. Entonces, ¿por qué no nos haces un favor a los dos y te marchas?

–Intento hacer mi trabajo –repitió.

–Y yo también.

–Perfecto –podía ser generosa. Encontrar un punto en común–. Eso lo entiendo.

–La verdad –plantó las manos en las caderas–, es que no creo que lo entiendas.

–Tu trabajo es proteger a la familia real. Pero yo no represento ninguna amenaza.

–No todas las amenazas son físicas.

Jade sintió que la palpitación de la ira se aceleraba en su interior.

–Solo quiero hacerle una entrevista a «mi» reina.

–Y «mi» reina –respondió él–, no está interesada.

–No puede ocultarse todo el tiempo.

–Es la reina. Puede hacer prácticamente lo que le apetezca.

–No estamos en la edad media –espetó, cediendo a la furia que la tentaba a enfrentarse a la perdición de su vida–. No somos simples colonos acurrucados en torno a una hoguera.

–Es una pena –comentó J.T.–. Si no recuerdo mal, tienes un aspecto magnífico junto a un fuego –le indicó al teniente Gimble que se acercara–. Me ha alegrado volver a verte, Jade.

–Esto no ha acabado, J.T.

–Claro que sí –la miró–. Sigues teniendo unas piernas estupendas.

–No puedes dejarme así… –calló. No tenía sentido discutir cuando el hombre a quien querías retorcerle el cuello se alejaba.

El joven teniente le lanzó una mirada cautelosa. Jade lo soslayó y observó la espalda de J.T., con una expresión tan fría y dura que,

si él hubiera sido más sensible, lo habría puesto de rodillas. Pero él atravesó las puertas dobles del palacio y desapareció.

Disgustada, cedió al deseo que la dominó y le dio una patada a la verja metálica. Lo único que consiguió fue estar a punto de romperse el pie.

Fue cojeando hasta la furgoneta. Era sorprendente. Cinco minutos con J.T. y su profesionalismo se disolvía en un mar de hormonas y temperamento encrespados.

Capítulo Dos

Jade entró en su apartamento, dejó el bolso y las llaves sobre la mesita estrecha del vestíbulo y cerró de un portazo a sus espaldas. De forma automática echó los dos cerrojos y luego la cadena.

Se quitó los zapatos y atravesó la estancia descalza. Le dolían los pies.

–Maldito sea. ¿Por qué tenía que ser él? Hay miles de soldados en el ejército, pero me toca tratar con J.T.

La alfombra mullida de color malva le acarició las plantas de los pies al atravesar el salón hacia las puertas correderas de cristal. Empujó el panel y salió a la terraza.

El viento la azotó, la hizo temblar, pero le dio la bienvenida al frío, con la esperanza de que apagara el fuego que aún ardía en su sangre. Aunque sabía que las posibilidades de que lo lograra eran escasas. Le gustara o no, J.T. podía hacerle cosas con una simple mirada que ningún otro hombre conseguiría con un contacto físico.

Suspiró. Se frotó los ojos con las yemas de los dedos, como si con ello pudiera desterrar el recuerdo de la mirada penetrante de J.T. Verlo de nuevo no debería haber sido tan duro. Habían pasado tres años. Tres largos, ocupados y solitarios años. Debería haber sido tiempo más que suficiente para quitárselo de la cabeza y del corazón.

Pero nada de su relación con J.T. había sido alguna vez fácil. Cerró los ojos y volvió a ver sus ojos. Esos ojos oscuros, de color chocolate, que parecían lo bastante profundos como para contener los secretos del universo.

El cabello flotó alrededor de su cara. Alzó el rostro hacia la brisa y respiró la fragancia del océano y escuchó el chillido de las aves marinas mientras aprovechaban las ráfagas de viento.

El ritmo cardíaco descendió y poco a poco se disolvió el nudo que tenía en el estómago. El aire húmedo del otoño era lo que había necesitado para calmarse. Siempre funcionaba. Bueno, con su temperamento. El deseo aún zumbaba en sus venas. Por lo general,

sin importar qué problema tuviera, podía salir a la terraza, dejar que el viento la acariciara y sentir cómo los problemas se esfumaban. De hecho, esa terraza amplia, con vistas a la bahía, era el motivo principal de que hubiera alquilado ese apartamento.

Apoyó los antebrazos en la barandilla y contempló el mundo de abajo. Desde su casa en el último piso del edificio de tres plantas, sentía como si pudiera contemplar el fin del mundo. El horizonte se extendía ante ella, lleno de posibilidades. Y desde lo alto de su mundo, se sentía a salvo de…

–No vayas por ahí –se dijo con firmeza. Pero era demasiado tarde. Su mente ya había vagado hacia territorio peligroso.

No bastaba con que el mismo trabajo empezara a convertirse en un problema. Con que J.T. hubiera regresado a su vida. No, además tenía que preocuparse de quienquiera que le estuviera enviando las cartas que eran lo bastante escalofriantes como para impulsarla a instalar un cerrojo doble en la puerta de su apartamento.

La última le había sido entregada el día anterior en su mesa del trabajo, y ya había memorizado su contenido.

Mi querida Jade, pronto estaremos juntos. Pronto el mundo sabrá, como sé yo, que estábamos destinados el uno al otro. Pronto, mi amor, pronto.

La policía le aseguraba que no corría verdadero peligro. Insistía en que en la mayoría de esos casos, detrás se encontraba un admirador embelesado que no tenía el valor de presentarse ante el objeto de su afecto. No obstante, eso no hacía que se sintiera mejor por la idea de tener un admirador desconocido que la acosaba.

Cruzó los brazos y se apoyó sobre la balaustrada de piedra. Se obligó a apartar los pensamientos de algo que no podía controlar y a concentrarse en el problema que tenía a mano.

Entrar en el palacio.

Lo que implicaría escabullirse de su ex marido. Una proeza considerable.

Pensar en J.T. bastaba para ponerle otra vez la sangre en ebullición. Y no todo se debía a la ira. Si solo fuera por eso, la vida habría sido mucho más sencilla.

Con el rey en coma, el público quería saber que el país, los

intereses de cada uno, estaban a buen recaudo. Y era trabajo de Jade investigar eso. Al menos lo era si alguna vez quería pasar a las noticias importantes. Si alguna vez quería demostrarle a su padre… No, eso no tenía nada que ver con su padre. Ni con el equipaje que llevaba. Tenía que ver con sus objetivos. Sus planes. Sus ambiciones.

Algo que J.T. jamás había entendido.

Una vez más, entre ella y la consecución de su objetivo, se erguía ese hombre enorme.

–En eso nada ha cambiado, ¿verdad? –se preguntó. Tres años atrás, tampoco había querido que trabajara. Había querido una esposa tradicional. Una mujer que le tendría la cena puesta todas las noches y que se contentaría con cuidarlo a él y a los futuros hijos que tuvieran.

En la superficie, eso no tenía nada de malo. Pero Jade quería más. Siempre lo había deseado. Y cuando le resultó imposible meter en el cráneo duro y espeso de J.T. que sus ambiciones no eran menos importantes que las de él, había salido de la vida de su marido en un arrebato de furia justificada.

El único problema era que había dejado su corazón atrás.

Al recordar en ese momento, comprendió que debería haberse quedado y solucionado el problema. O al menos haberlo intentado. Pero había sido mucho más joven entonces. Tan llena de fuego e impaciencia. Y en su propia defensa debía reconocer que J.T. no había sido muy diferente.

Suspiró con pesar y se enfrentó a la realidad. Lo único claro era que se había marchado, decidida a labrarse una carrera. Pero una vez lograda, esa misma carrera que había anhelado casi con desesperación no la hacía feliz. Quizá las cosas cambiarían si conseguía la entrevista con la reina. Pero en ese momento, consideraba que había aceptado un trato estúpido al abandonar su matrimonio por su ambición.

Verlo de nuevo dolía. La sacudida casi eléctrica de encontrarse con su mirada aún le zumbaba en los oídos. Casi como si hubiera encontrado algo que desconocía que estaba perdido.

–Estás en una forma lamentable –musitó al regresar al interior.

Dejó el ventanal abierto y las cortinas se hincharon con el viento como si fueran velas. Como ella, estaban ancladas y no iban a

ninguna parte.

En ese instante llamaron a la puerta y se sobresaltó. Una oleada de inquietud le recorrió la espalda, pero de todos modos fue a contestar. Cualquier interrupción era mejor que dejar que el cerebro se concentrara en J.T. y lo que ambos habían perdido. Pero se paralizó con la mano en el pomo. Los días de abrir la puerta sin pensárselo se habían terminado.

Se asomó por la mirilla y suspiró al reconocer al portero del edificio.

–¿Charles?

El hombre retrocedió y sonrió, sabiendo que lo observaba por la mirilla, luego alzó un sobre de manila.

–Lo acaban de enviar desde la cadena de televisión. Lo dejaré ante su puerta.

–Gracias –con rapidez descorrió todos los cerrojos y abrió.

Charles ya iba de camino hacia el ascensor.

Recogió el sobre, regresó al interior del apartamento y volvió a cerrar. Miró el sobre. Daba la sensación de que dentro había una cinta de vídeo, y al abrirlo lo confirmó.

Del sobre cayó una nota y se agachó para levantarla. *La encontré en tu mesa. Pensé que podía ser importante*. La firmaba Janine, su secretaria.

–¿En mi mesa? –musitó mientras regresaba al salón. La cinta no llevaba etiqueta, nada que indicara qué podía contener. Debía habérsela dejado alguien en la redacción. Fue al televisor, introdujo la cinta en el vídeo y luego apretó la tecla de reproducción.

En la pantalla grande del televisor apareció una imagen del palacio… un escalofrío la recorrió desde la cintura hasta la nuca. Los únicos sonidos captados por el micrófono eran los del tráfico, el trinar de los pájaros y el suspiro del viento. El cámara invisible aumentó el zoom y de pronto Jade se observó a sí misma, con Harry, el cámara de la cadena justo detrás de ella, de pie ante las verjas del palacio. Se vio discutiendo con el guardia, luego aferrar las barras de metal y sacudirlas. Miró cómo enviaba a Harry de vuelta a la furgoneta mientras se enfrentaba a J.T.

Revivió toda la confrontación porque se hallaba demasiado aturdida para parar la cinta. En el vídeo, vio cómo el viento le agitaba el pelo. Sintió la obsesión del cámara invisible cuando

centró toda la ampliación en ella… de hecho, la aisló de J.T. y del resto del mundo.

Solo para él.

Despacio, la cámara bajó desde su cabeza hasta el pie que movía sobre el cemento, y volvió a subir. Jade sintió la obsesión del acosador como si fuera algo vivo en el salón. La toma se centró aún más en enfocarle los ojos, la boca. Pudo oír la respiración forzada del cámara mientras la miraba y el sonido casi la dejó sin aire. La cinta terminaba cuando se alejaba de las puertas del palacio, fundiéndose en una pantalla de color azul que al final la sacó del estupor. Apretó la tecla de parada y luego dejó caer el mando a distancia al suelo como si fuera venenoso.

El silencio la envolvió. Las cortinas, aún agitadas por el viento, de pronto hicieron que fuera consciente de un punto de entrada no asegurado. Claro está que para entrar a un apartamento situado en una tercera planta a través del ventanal de la terraza, el acosador tenía que ser Spiderman. Pero cerrar la puerta corredera hizo que se sintiera mejor.

Sola y asustada, giró y observó el salón. Por primera vez, no vio un entorno cómodo y elegante. Lo que vio en ese momento fue su santuario… invadido por una amenaza que no podía identificar.

Y tuvo tanta necesidad de llamar a J.T., que el corazón le dolió.

J.T. se sentó en el sillón frente al escritorio de su jefe y dejó que su mente vagara mientras Franklin Vancour hablaba por teléfono. Con cincuenta y tantos años, Franklin se hallaba tan en forma como un hombre de la mitad de su edad. Se debía a años de entrenamiento militar. Pudo apreciar esa dedicación, ya que estaba tan entregado al deber como él, y gracias a ese punto en común, se entendían a la perfección.

La luz del sol se filtraba a través de las ventanas del despacho de seguridad situado en la planta baja del palacio. Los frisos de madera de las paredes brillaban con intensidad. De las paredes colgaban diplomas enmarcados y decretos reales. Una pared estaba organizada con hileras de estanterías, y cientos de libros encuadernados en piel y bien leídos se mezclaban con recuerdos dejados por anteriores jefes de seguridad.

El RII, Royal Inteligence Institute, era responsable de la seguridad de la familia real. Los guardias apostados en el exterior, al igual que el mismo J.T., habían sido reclutados de distintas ramas del ejército de Penwyck y destinados a palacio. Todos los hombres eran lo mejor de lo mejor.

La puerta de al lado daba al despacho del rey, y J.T. sabía sin necesidad de que nadie se lo dijera, que sir Selwyn, el secretario del rey, se encontraría allí, en su misión de frenar a todos los intrusos. Hombre delgado y fibroso, estaba dedicado a servir a su jefe. Hasta el punto de soportar a Broderick, el hombre que anhelaba ser rey de Penwyck pero que jamás podría serlo.

Pero hasta que Morgan, el rey legítimo, se recuperara de su enfermedad o fuera relevado por uno de sus hijos, su gemelo, Broderick, se mantendría temporalmente al mando, reinando en nombre del rey.

J.T. no conseguía entender cómo unos gemelos podían ser tan diferentes. Morgan era justo y leal, con un sentido innato de la honradez. Por otro lado, Broderick era un hombre en el que no se podía confiar. Pero como el deber jurado de J.T. era proteger a la familia real, debía reservarse sus opiniones y desempeñar su cometido.

Cuando Franklin colgó el auricular y se reclinó en el sillón, J.T. giró en el asiento para ver que lo estudiaba.

–¿Qué es eso que me ha llegado de que ayer mantuviste una discusión con una periodista ante la verja de la entrada?

No debería sorprenderlo. Pocas cosas escapaban a la atención de Vancour. Razón por la que era el jefe de seguridad.

–En realidad, no fue una discusión –respondió mientras cruzaba el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda–. Quería entrar. Yo no estuve de acuerdo. Y gané yo.

Franklin enarcó las cejas tupidas.

–Eso he oído. Pero la cuestión es que ahora no podemos permitirnos el lujo de ofender a la prensa.

–¿Ofenderla? –casi rio entre dientes, pero supo que su jefe no apreciaría la gracia–. Con la actitud que mostró, tiene suerte de no haber recibido un disparo. El teniente Gimble merece una medalla por haber soportado su diatriba.

Franklin suspiró y movió la cabeza.

–La señorita Erickson es una personalidad popular en la actualidad.

J.T. se movió incómodo en el sillón. Experimentó la clara sensación de que no iba a gustarle la dirección que tomaba la conversación.

Su jefe prosiguió:

–La reina mira todos los días sus reportajes de *Personajes en Penwyck*.

–Sí. Periodismo profundo. ¿Cuál fue el último? ¿Sobre los gatos que viven en el palacio?

–No importa –respondió el otro–. La cuestión es que tu ex mujer se está labrando un nombre.

–Lo sé –solo había un puñado de personas en la isla que supieran que Jade y él habían estado casados. Se habían divorciado mucho antes de que se hubiera convertido en una personalidad televisiva. Vancour lo sabía por el control de seguridad que J.T. había tenido que pasar antes de aceptar el ascenso para su incorporación a la guardia del palacio. Pero esa era la primera vez en dos años que su jefe lo mencionaba–. Ni lo sueñes –musitó llenó de suspicacia. Se puso de pie–. No me estarás sugiriendo que le permitamos acceso para hacer la entrevista, ¿verdad?

–No –Franklin juntó los dedos mientras pensaba–. En todo caso, aún no. Pero pronto. No podremos evitarlo mucho más tiempo. Lo que sugiero es que por el momento le muestres el palacio –se encogió de hombros–. Dale un poco y quizá se quede satisfecha.

J.T. lo dudó.

–No ella. Quiere una entrevista y no quedará satisfecha hasta que la consiga.

–Nada de entrevistas. Todavía.

Algo en su tono de voz captó la atención de J.T.

–¿Se sabe algo del rey?

Franklin lo estudió largo rato y llegó a la conclusión de que no tenía ningún reparo en contarle lo que sabía. Jeremy Wainwright era el hombre más digno de confianza que jamás había conocido. Sabía que al muchacho le esperaban cosas grandes. Quizá incluso su puesto.

Y en ese despacho, con la puerta cerrada, podían hablar con libertad, sin temor a que pudieran oírlos o citarlos.

–Los médicos del rey parecen creer que hay signos favorables –asintió–. Da la impresión de que empieza a salir del coma.

–Son buenas noticias –de hecho, eran estupendas. Como ciudadano de Penwyck, la situación del rey lo había preocupado como a cualquier otro. Y al pertenecer al círculo interior, había formado parte del encubrimiento que había sido tan peligroso para su país–. ¿Significa eso que Bro…?

–No –Franklin también se levantó–. El hermano del rey seguirá siendo cabeza de estado temporal del país –dio la impresión de sopesar algo antes de continuar–: Y, con franqueza, cuanto más fácil se lo pongamos a la reina, mejor. Su Majestad está agobiada de problemas y tratando de mantener las cosas en marcha a pesar de la interferencia de Broderick.

J.T. asintió y esperó que su jefe continuara. No tardó mucho.

–El RET hace lo que puede. Pero la seguridad aquí depende de nosotros.

El Royal Elite Team probablemente realizaba campaña para participar como fuera, pero cuando se trataba de la seguridad del palacio, el mando lo tenía el RII. Y J.T. era lo bastante competitivo como para disfrutar sabiendo que los miembros del RET estaban evidentemente molestos por la situación.

–Comprendo –manifestó, aunque no estaba del todo seguro adónde quería llegar Franklin.

El hombre mayor dejó de caminar y lo observó desde el otro lado de la estancia.

–No creo que lo hagas, o de lo contrario no te mostrarías tan conforme.

–¿Qué sucede, Franklin?

–Te necesito para que distraigas a tu ex mujer.

–Eso es ir más allá del cumplimiento del deber –atónito, se tragó un arrebato de furia.

–Eres quien mejor la conoce. Sabrás distraerla. Mantenerla contenta.

Pensó que si hubiera sabido cómo mantenerla contenta, aún seguirían casados. Era una mala idea. Muy mala. Y no le importó exponerlo.

–No funcionará. Jade no es precisamente mi mayor admiradora.

–Nos tienes que ganar solo un par de días.

–¿Y luego qué?

–Conseguirá su entrevista y no tendrás que volver a tratar con ella.

Esa sí que sería una buena noticia. Pero la cuestión era que no había hecho otra cosa que pensar en ella desde que la vio a la entrada del palacio. Había obsesionado todos sus pensamientos y sus sueños y llenado su mente hasta que no había podido respirar sin imaginar la fragancia de Jade.

Una vez que la había vuelto a ver después de tres largos años, no tenía prisa por deshacerse de ella. Y eso lo sorprendía tanto como la habría sorprendido a ella.

Vancour atravesó despacio la habitación sin apartar la vista de J.T.

–Necesito tu cooperación en esto, Wainwright. Tu rey la necesita.

J.T. Lo estudió. Algo en la expresión del otro insinuaba la seriedad de la situación. Aunque todos llevaban en una olla a presión desde hacía semanas. Desde que el rey sufrió el inesperado colapso.

Aplacar a Jade.

Desde un punto de vista meramente masculino, no era una misión dura. Pero entre ambos había demasiada historia. Tanto dolor y desdicha. Sin embargo, antes del dolor también había habido una conexión que había sido más fuerte y profunda que nada que hubiera experimentado antes o después.

Pero también tenía una faceta argumentativa que le provocaría al hombre más paciente del mundo el impulso de estrangularla. El solo hecho de recordar cómo le había plantado cara y sacudido las verjas metálicas, cómo lo había mirado con ojos centelleantes sin un momento de vacilación, era suficiente para provocarle casi una sonrisa. Un hombre de su tamaño no solía encontrar personas que no se sintieran intimidadas al instante. Sin embargo, a Jade nunca la había afectado, y la admiraba por eso.

No sería una mujer fácil de manipular. Y si Franklin Vancour creía que se la podía sobornar ofreciéndole un paseo por el interior del palacio, estaba muy equivocado.

No obstante… si lo único que se requería eran unos días más de respiro, quizá pudiera conseguirlo. Tal vez pudiera mantenerla

ocupada el tiempo suficiente para que no notara que no se hallaba más cerca del interior del palacio que dos días atrás. Y si pasaba tiempo suficiente en su compañía, quizá la atracción que sentía por ella sufriera una muerte natural. Tal vez eso era lo que ambos necesitaban para poner un final completo a lo que habían acabado tres años antes. Quizá necesitaban volver a pasar tiempo juntos para darse realmente cuenta de que todo había desaparecido.

Y quizá era un masoquista.

En cualquier caso, no cabía duda de que sería la misión más interesante que le hubieran asignado desde que se incorporara al RII.

Miró a Franklin.

–¿Solo unos días?

–Como mucho –asintió el otro.

–Haré lo que pueda –aceptó.

–Sabía que podía contar contigo.

Unos minutos después, salía del despacho para regresar a la caseta de vigilancia. El sol del otoño brillaba en un cielo nublado y se dijo que lo disfrutaría mientras durara. Tenía la sensación de que le esperaba un clima tormentoso.

Capítulo Tres

A la mañana siguiente, J.T. tenía la mente a kilómetros de distancia durante el inicio de la jornada. A cinco, para ser exactos. Imaginaba a Jade en un despacho cómodo, dándole órdenes a un batallón de subordinados. En cuanto hiciera rodar cabezas, se reclinaría en su mullido sillón, se bebería el té de la mañana y planearía quién era la siguiente persona a la que estropearle la vida.

Y todo con una sonrisa en esa boca fabulosa.

A su alrededor, los otros miembros del RII se movían y musitaban, pero para J.T., sus trabajos eran fáciles. Solo tenían que concentrarse en defender el palacio. Tareas rutinarias, con una remota posibilidad de toparse con un asesino loco. Él, por otra parte, no tardaría en tratar con la única mujer que alguna vez había podido hacerle perder los estribos.

Apretó el bolígrafo que sostenía en la mano derecha. Solo para torturarse, había iniciado el día mirándola en el telediario de la mañana. Jade Erickson había clavado la vista en la cámara y, con sonrisa deslumbrante, presentado una historia sobre las cuevas de los viejos contrabandistas. Luego incluso se había dedicado a explicar la creencia local de que los fantasmas de los piratas muertos siglos atrás aún asolaban los húmedos recintos.

Desde luego, no quería pensar en lo atractiva que había estado, de pie con la cara al viento y el mar embravecido a su espalda. Cómo el cabello rojizo había aleteado en torno a su cara y los ojos verde mar habían dado la impresión de mirarlo a él.

Desterró su imagen de la cabeza. No necesitaba pensar en ella. No tardaría en verla.

Después de una noche insomne, Jade no estaba de humor para que la frenaran en las puertas del palacio. Lo había reflexionado con detenimiento durante las horas que había permanecido sentada en la cama jugando con su arma de defensa personal, un palo de golf.

Hacía semanas que recibía esas cartas vagamente amenazadoras. Aunque las últimas habían empezado a ser más extrañas. Pero el acoso del vídeo era la gota que colmaba el vaso.

Pero no podía permitir que ese individuo, quienquiera que fuera, afectara su trabajo. Si se arrastraba a ocultarse en un agujero, entonces la persona que intentaba asustarla habría ganado. Además, no había garantías de que ocultarse la protegiera. Quizá era más seguro permanecer en el ojo público. Desde luego, sería difícil, por no decir imposible, que alguien la secuestrara en la cadena. O delante de una cámara.

No, debía seguir adelante con su vida cotidiana como si no sucediera nada. Rendirse sería perder poder, y no pensaba permitir que eso sucediera. Había luchado durante mucho tiempo para tener la clase de carrera que siempre había soñado. Había perdido al hombre que amaba. Había hecho una elección y pensaba dar con un modo de lograr que funcionara.

De hecho, esa mañana ni se había molestado en pasar primero por la cadena. No había hecho falta. Habían pasado una de las cintas ya grabadas. Simplemente iba a llamar para decirle a Harry que fuera a recogerla a su apartamento. Lo mejor era enfrentarse a J.T. en su terreno lo más pronto posible.

–¿Estás bien? –preguntó Harry mientras enfilaba la furgoneta de la cadena en dirección al palacio.

–De miedo –tiró del bajo de la falda de color camel por encima de las rodillas.

–Pues no lo pareces.

–Gracias, Harry –le sonrió. Llevaban trabajando juntos dos años y era su mejor amigo en la cadena–. Eres un adulador.

El otro gruñó algo ininteligible durante unos momentos, luego respiró hondo y soltó el aire despacio.

–Solo quería dar a entender que pareces cansada.

Ahí desaparecía la creencia de que el maquillaje tenía propiedades milagrosas. Bajó el visor y se observó en el pequeño espejo. Harry tenía razón.

–Anoche no dormí bien –reconoció al levantar el visor.

–¿Otra carta? –preguntó con voz preocupada.

–No –respondió con celeridad–, no más cartas –ya había tomado la decisión de no contarle lo de la cinta. La policía y sus jefes de la

cadena no estaban preocupados por las cartas que había estado recibiendo. Pero el bueno de Harry, sí. No tenía sentido contarle lo del vídeo. Además, pensaba llevarlo en persona esa tarde a la comisaría.

Pero eso no era lo que la había mantenido despierta media noche. Sí los sueños con J.T. Los recuerdos. El rostro de él flotando en su mente junto con el recuerdo del contacto del cuerpo duro…

–Eso está bien –esquivó un coche y luego preguntó–: ¿Por qué vamos al palacio tan pronto? Podría haber esperado hasta luego.

–Es posible –concedió y contuvo un bostezo–. Pero, ¿para qué esperar? Si lo vemos temprano, quizá lo sorprendamos con la guardia baja.

–¿A él? –soltó un bufido y se detuvo para dejar cruzar a un grupo de escolares. La miró–. No creo que ese hombre haya tenido jamás la guardia baja.

–Ni te lo imaginas –musitó con la vista clavada en el tráfico. Cualquier cosa para evitar invocar otra imagen de J.T.–. Siempre hay una primera vez para todo.

–Sí –convino antes de arrancar otra vez–, y eso también se aplica a que te caiga un rayo, que te atropelle un coche…

–Ese es el espíritu –rio Jade.

Harry movió la cabeza mientras aparcaba. Apagó el motor y la miró de soslayo.

–Con el espíritu no vas a conseguir nada en este reportaje, Jade. Si no te quieren en el palacio, no vas a lograr entrar con tus encantos.

Miró a través del parabrisas hacia las puertas, situadas a quince metros. En el exterior había unos guardias uniformados, y detrás de las rejas vio a más guardias. Ninguno parecía amigable. Pero tampoco se suponía que debían serlo.

Pero ese era su país. Como ciudadana de Penwyck, tenía todo el derecho de entrar. Podía comprar una entrada para un recorrido y llegar mucho más lejos que el día anterior. Al ocurrírsele eso, su cerebro comenzó a analizar las posibilidades. Era como si fuera un dibujo animado y una bombilla se hubiera encendido sobre su cabeza. Podía pagar un recorrido, y luego, en algún punto durante la visita por los salones públicos, podía… perderse. Si se separaba de su grupo y por casualidad entraba en los aposentos privados de

la familia real, nadie podría culparla. Después de todo, ya no decapitaban a nadie. ¿Qué podía perder?

–Oh –musitó Harry–. Creo que no me gusta esa expresión en tus ojos.

–Hoy voy a entrar en el palacio –le aseguró–. Por las buenas o por las malas.

–¿Y cuando nos arresten? –preguntó Harry con su habitual tono lúgubre.

Jade la palmeó el brazo.

–Pediremos celdas contiguas.

–Eso sí que me consuela, gracias.

–Relájate, Harry –sonrió–. ¿Cuándo nos he metido en problemas?

–Veamos… –alzó la mano derecha y comenzó a enumerar con la ayuda de los dedos–. En el reportaje de la Armada Real, cuando nos quedamos atrapados en la bodega de aquel barco al zarpar.

Ella lo descartó con un gesto displicente.

–Nos encontraron a las pocas horas.

–Luego está aquella vez en que quisiste realizar un reportaje desde un globo aerostático y por accidente tiraste de la cuerda que soltaba el aire caliente y…

–Aterrizamos a salvo –señaló con presteza. Además, había sido un reportaje magnífico. En los últimos años había tenido que recurrir a selecciones escandalosas. Cualquier cosa para que se fijaran en ella, para sobresalir de la multitud de caras bonitas que buscaban una oportunidad de alcanzar el éxito.

Harry la miró con las cejas enarcadas.

–Luego aquella vez…

–De acuerdo –alzó las manos en falsa rendición. Era el inconveniente de tener al mismo cámara durante años. Y uno con la memoria de Harry–. Ya has establecido tu punto de vista. Bien, hemos sufrido algunos incidentes desafortunados.

–¿Desafortunados?

–Sobrevivimos.

–Dicen que Dios protege a los locos y a los ebrios.

Sonrió con ironía.

–Como no bebo, sé en qué categoría me englobas.

–Yo tampoco, Jade. Aunque después de un reportaje contigo,

rara vez digo no a un buen trago.

–Pero conseguimos las historias, ¿no?

–Cierto.

–Y ahora tenemos la oportunidad de algo grande.

–¿Por qué le das tanta importancia a esto, Jade? ¿Por qué forzar la entrevista ahora? En cuanto el rey mejore, la reina estará más que contenta de hablar con alguien de la prensa.

–Por eso, Harry –giró en el asiento y se inclinó hacia él–. Tengo que conseguir esta entrevista. Es por lo que me he esforzado y he esperado durante tres años –«es la oportunidad por la que renuncié a mi matrimonio», pensó–. Es mi oportunidad de demostrarles a los peces gordos de la cadena que soy algo más que una reportera itinerante. Es mi oportunidad de llegar a ser copresentadora.

Había realizado trabajos del corazón. Había hecho historias de animales perdidos y bomberos héroes. Había cubierto desfiles, ferias y aperturas de supermercados, sin parar de decirse que su momento iba a llegar. Que con el tiempo tendría la carrera que siempre había sido tan importante para ella.

De lo contrario… habría fracasado.

Y habría dejado a J.T. por nada.

Era algo con lo que no podría vivir.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y bajó. Cerró y se apoyó en la ventanilla abierta.

–Primero me detendré en las verjas. Trae la cámara. Si podemos pasar más allá de J.T., eh, Jeremy Wainwright, lo haremos de esa manera –palmeó la puerta–. De lo contrario, me apuntaré para un recorrido esta tarde.

–¿Un recorrido? Esto me da mala espina.

Se alisó las solapas de la chaqueta de ante marrón, se apartó el pelo de la cara y le ofreció una última sonrisa.

–No le prestes atención. Nos veremos en la puerta.

–Estaré justo detrás de ti –aceptó, en absoluto contento con la situación.

Jade se alejó con los tacones resonando en la acera llena de hojas. Harry la observó largo rato, luego movió la cabeza y recogió la cámara. Sabía que no había manera de detenerla. Lo mejor que podía hacer era estar cerca de ella cuando sucediera lo peor.

Estaba deslumbrante.

Incluso mejor que lo que la recordaba. Y habría jurado que eso no era posible.

J.T. la observó aproximarse, en absoluto sorprendido de que se hubiera presentado a primera hora de la mañana. Tenía una cabeza dura como una roca. Desde luego, era un rasgo de personalidad que podía apreciar, ya que también él era obstinado. El día anterior había sabido que Jade regresaría. Nunca se había rendido con facilidad… salvo, por supuesto, en su matrimonio.

Ese cuerpo bastaba para tentar a un santo en el paraíso. El cabello se alzaba por encima del cuello de la chaqueta de ante y se agitaba con suavidad bajo el viento. Jamás había entendido cómo las mujeres podían soportar los tacones altos, ya que parecían incómodos. Pero como hombre sentía una profunda gratitud de que estuvieran dispuestas a tolerar esa incomodidad. Le recorrió las piernas con la mirada y se detuvo en sus ojos. Incluso desde cierta distancia, no le costó ver el brillo de determinación en la expresión.

«Bueno, pues no es la única que tiene que cumplir un trabajo», se dijo de camino hacia la puerta. Distraer a su ex mujer quizá no pareciera una misión ardua, pero jamás había cuestionado las órdenes recibidas. Haría lo que Vancour esperaba de él. Después de todo, nadie tenía por qué saber que casi anhelaba ese encuentro.

Con un gesto de la mano le indicó al soldado uniformado que se apartara y la esperó en persona.

En unos segundos la tuvo de pie frente a él. Ella observó las barras de metal, posó la vista en la cerradura y al final alzó la cabeza para mirarlo.

–Buenos días, J.T.

–Jade –asintió.

–Veo que seguimos en punto muerto –señaló la verja.

–Todo lo contrario –tuvo el placer de ver un destello de curiosidad en sus ojos.

–¿De verdad? Porque desde donde me encuentro yo, sigue dando la impresión de que estoy del lado equivocado de la puerta.

–Lados opuestos, ¿eh? La historia de nuestra vida.

–J.T.…

–Hoy, por lo menos, eso tiene fácil arreglo –disfrutó de la

suspicacia que se reflejó en la cara de ella. Con unos movimientos breves y rápidos, abrió la puerta lo suficiente para dejarla pasar.

Pero ella no se movió.

Con ojos cautelosos, estudió el espacio abierto y luego a él.

–¿Qué sucede?

Él echó la cabeza atrás con expresión de absoluta inocencia.

–Jade, ¿no confías en mí?

–¿Le preguntó la araña a la mosca?

J.T. rio. Dios, la había echado de menos. Había echado de menos todo. Las peleas, el amor, la risa. Había sido duro llegar al punto en que no la echaba de menos cada maldito minuto. Y ahí estaba… a punto de pasar otra vez por todo aquello.

Y no cabía en sí de gozo.

Se llevó una mano al pecho.

–Jade, cariño, me hieres.

Ella enarcó una de sus cejas.

–No sin un lanzallamas.

Él volvió a reír y no prestó atención al soldado que se erguía cerca. Salió a la acera y se plantó directamente frente a ella. De hecho, se hallaba tan próximo que habría jurado que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Desde luego, percibía su perfume, que lo penetró hasta envolverlo por completo.

Lo más probable era que Jade lo hubiera planeado.

Alzó la vista y la clavó en el hombre mayor que avanzaba hacia ellos sosteniendo la videocámara como si fuera un bebé.

–Es Harry –explicó ella al seguir la dirección de los ojos de él–. Mi cámara. Estuvo ayer conmigo.

–Sí, lo recuerdo –la verdad era que no había contado con tener al cámara detrás de ellos todo el día. Iba a tener que deshacerse del tipo. La miró y añadió–: Escucha, Jade. Se me ha indicado que puedo permitirte entrar en el palacio. Ofrecerte un recorrido de los jardines privados. Mostrarte todo un poco. Pero sin cámara.

–¿Perdona? –lo miró–. ¿Un recorrido de los jardines? –repitió–. ¿Y qué hay de mi entrevista con Su Majestad? Hice un reportaje de los jardines del palacio el mes pasado. Al pueblo le importa poco si las rosas florecen.

–Es lo que hay.

–Nece… quiero algo nuevo, J.T. Y si no lo consigo, la cadena

enviará a otro reportero.

–¿Es una amenaza?

–Es una promesa –apretó los dientes–. Probablemente a Vince Battle.

–¿Barracuda Battle? –el reportero convertía cada entrevista en una denuncia. Hurgaba y hurgaba hasta que desenterraba toda la suciedad que se podía encontrar, y lo que no, lo inventaba.

–El mismo.

–Perfecto.

–Bueno, al menos estamos de acuerdo en algo. Los dos preferiríamos que fuera yo.

–Por desgracia, no depende de ninguno de nosotros –con la mano derecha, ella apartó la chaqueta y plantó el puño en la cadera. Intentaba no perder los estribos, y J.T. la admiró por ello. No obstante, vio el brillo en sus ojos y supo que su Jade estaba bien viva. Luego bajó la vista para apreciar el modo en que la blusa de seda le acariciaba los pechos. Se pasó una mano por la cara como si quisiera despertar de un coma inducido por la lujuria–. De acuerdo, no puedo prometerte nada, pero creo que si eres paciente durante un par de días…

–Paciente –repitió, como si fuera una palabra ajena a su naturaleza.

–Inténtalo, Jade. Es la mejor oferta que recibirás.

No quería ser paciente. Podía verlo en sus ojos, que crepitaban con electricidad como una tormenta en el mar.

–J.T. –dijo al final–, ¿es el verdadero trato o te han pedido que me distraigas? –Harry se situó detrás de ella, pero no se volvió para mirarlo. No podía dejar de mirar a J.T., en el pasado su marido y en ese momento el pit bull del rey. Quería confiar en él.

–Los recorridos por el palacio pueden ser… interesantes –afirmó, y en su voz estaba la promesa de algo más que un recorrido.

Pero Jade se dijo que quizá leía en su lenguaje corporal más que lo que realmente había en su voz. Se preguntó si sería la única que experimentaba recuerdos de días mejores y más felices. ¿Recordaría él alguna vez el tiempo demasiado breve pero asombroso que pasaron juntos?

–¿Y bien? –preguntaba J.T.–. ¿Tenemos un trato?

–¿Trato? –exigió Harry–. ¿Qué clase de trato?

–¿Sin cámara? –Jade no lo miró.

–¿Sin cámara? –Harry sonó indignado–. ¡Somos la televisión, no la radio!

–Esto apesta –Jade miró a J.T.

–Es lo que hay –indicó–. Las zonas privadas del palacio se mantienen privadas. Bien, ¿qué dices?

Jade no miró a Harry. Sabía lo que diría. Trataba la cámara como si fuera una extensión suya. Esperaría entrar con ella. Y con razón. Eran un equipo. Por otro lado, se preguntó si no sería lo más lógico aceptar lo que le ofrecieran.

Mantuvo la vista clavada en los ojos castaños de J.T. Sentía que entre ellos vibraba una… conexión, y no estaba del todo segura de qué hacer al respecto. Durante mucho tiempo se había preguntado cómo sería volver a estar con el hombre al que había amado con desesperación. Y cuando al fin sucedía, había una parte cobarde de ella que quería huir para esconderse. Pero ya había huido tres años atrás, y eso no le había aportado ninguna paz. De modo que en esa ocasión no se movería y no le permitiría saber que podía convertirle las rodillas en gelatina. Solo le faltaba evitar que sus hormonas cobraran vida cada vez que él estaba cerca.

Decidió que aceptaría el recorrido que le ofrecía. No tenía mucha elección. Era aceptar ese trato o pagar la entrada para el recorrido público. Y al menos con J.T. como guía, vería más que los salones y jardines públicos. Además, siempre podría escabullirse de él con la misma facilidad que lo haría de un guía turístico.

–Harry, vuelve a la cadena. Tomaré un taxi al terminar.

Harry gruñó, pero se marchó.

Un momento más tarde, Jade extendió la mano derecha y dijo con dulzura:

–Trato hecho, J.T.

Él le tomó la mano y una descarga de calor subió por su brazo para estallarle en el pecho y llenarle las venas de un líquido cálido que la sorprendió.

Y por la expresión en los ojos de él, supo que el contacto le había producido el mismo efecto.

Capítulo Cuatro

J.T. sintió la pérdida en cuanto Jade retiró la mano. El calor en sus dedos se demoró, una sensación que no había conocido en tres largos años. Al mirarla a los ojos, vio que también ella lo había sentido, pero que estaba decidida a soslayarlo. Por él, perfecto. Ya lo había abandonado una vez… no iba a permitir que se repitiera.

Era extraño que después de ese tiempo volvieran a reunirse. Ella lo había dejado por seguir los sueños de su carrera profesional. Y en ese momento, esa carrera hacía que se tuviera que enfrentar a él.

–¿Jade? –llamó el cámara.

Cuando ella se volvió hacia el hombre mayor, J.T. no apartó los ojos de ambos.

–Harry –dijo ella, lanzándole una mirada fugaz a J.T. por encima del hombro–, voy a realizar el recorrido. Veré lo que puedo averiguar.

–Sin una película grabada, ¿para qué nos servirá?

Jade enlazó el brazo con el de Harry y lo alejó un poco con el fin de cerciorarse de que no los oirían.

–Conseguiré algo. Ahora mismo, les voy a seguir el juego. Pero no te preocupes. Grabaremos algo antes de que hayamos terminado.

Harry miró por encima del hombro al hombre grande plantado ante la puerta abierta del palacio, luego la observó a ella.

–No creo que a este puedas engañarlo con facilidad, Jade.

Nunca lo había pedido. Miró su reloj de pulsera y dijo:

–Te veré en la cadena dentro de un par de horas, ¿de acuerdo?

Harry aceptó a regañadientes, luego se dirigió hacia la furgoneta. Lo vio irse y durante un momento deseó poder acompañarlo. De pronto la idea de estar en la cadena, planificando el programa de la semana siguiente, sonó mucho mejor que pasar las siguientes dos horas con J.T. No obstante, él representaba su acceso al palacio, y necesitaba la entrevista. Con gesto decidido, avanzó y se detuvo delante de él.

–¿Estás listo? –preguntó.

–Como nunca lo estaré –musitó, luego retrocedió un paso y le indicó que cruzara las verjas.

Una hora y media más tarde, Jade había visto suficientes rosales y estatuas como para una vida entera. Desde luego, los jardines privados eran hermosos. Hasta la última brizna de hierba estaba recortada con cuidado. Cada rosa había florecido hasta la perfección e incluso el sol parecía más brillante en ese recinto cerrado. Las estatuas de mármol, talladas siglos atrás, se erguían tan hermosas y limpias como el día que el escultor había finalizado su tarea. El agua caía en las fuentes y una suave brisa marina superaba los altos muros de piedra del palacio.

Y nada de eso le importaba.

Posó la vista en los ventanales que daban al jardín. Detrás de esos cristales inmaculados estaban los aposentos privados de la familia real. Las personas a las que necesitaba acceder.

Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

J.T. en ningún momento había abandonado su lado. «Como en los viejos tiempos», insistió una voz serena en su mente. Recordaba con tanta claridad los paseos nocturnos que solían dar por la costa. Saber que él estaba ahí, justo a su lado, la había llenado con una sensación de paz, seguridad y deseo que nunca más había vuelto a sentir. Pero en ese momento era diferente, del mismo modo en que ellos lo eran. No existía intimidad entre ambos. Solo unos recuerdos brumosos de un matrimonio breve que probablemente jamás tendría que haberse producido.

–El mármol empleado en las estatuas se extrajo de las montañas Aronleigh –explicaba él, y Jade se detuvo en seco para mirarlo–. ¿Qué? –inquirió.

–Ya conozco todo sobre las esculturas.

–Lo siento.

No parecía sentirlo. Parecía divertido. Como si disfrutara de su frustración. Adiós a los recuerdos cariñosos y a las canciones tiernas del pasado.

–J.T… –señaló los jardines con ambos brazos–. Todo esto es precioso. Pero los niños de Penwyck aprenden en la escuela lo que hay que saber sobre el palacio.

–Ah, pero no todos los niños consiguen un recorrido de los jardines privados, ¿verdad?

–Una rosa es una rosa –indicó Jade.

–Sí, lo sé –asintió y metió las manos en los bolsillos. Respiró hondo, y su pecho alcanzó proporciones inmensas–. Yo también estoy aburrido.

–Entonces, ¿por qué hacemos esto?

–Porque no quieres dejarlo –expuso sin rodeos, indicándole con los ojos que desearía que lo hiciera.

Jade se dirigió a un banco de piedra que había cerca y se sentó junto a una fuente en la que un delfín de mármol soltaba agua por la boca. Alzó la vista hacia J.T.

–No puedo dejarlo.

–Tres años atrás no tuviste tantos problemas para marcharte.

–¿Cuánto tiempo vas a arrojarme eso a la cara?

–¿Cuánto tiempo tenemos?

–Por el amor del cielo, J.T. –cruzó las piernas, se alisó la falda y juntó las manos sobre las rodillas, como si quisiera evitar quitarse la falda por encima de la cabeza y suplicarle que la tomara. Ahí mismo. «Por el amor de Dios, ¿de dónde ha salido eso?» Desterró el pensamiento de la cabeza y se contuvo aún más–. Éramos niños.

–Tú tenías veinticinco años –replicó él–. Yo veintinueve. Demasiado mayores para ser niños.

–Tú naciste viejo –indicó Jade.

–Eres muy amable.

–Sabes a qué me refiero. Tú siempre supiste adónde ibas. Lo qué querías. Yo acababa de salir de la universidad. No sabía nada.

Había tardado más años que la mayoría de la gente en conseguir el diploma. Había tenido que trabajar para pagarse los estudios. Y nada más graduarse había conocido a J.T., viéndose arrastrada a un remolino de deseo y amor y promesas de futuro. Tres meses después, se habían casado. Cuatro semanas después de la boda, Jade se había ido, y desde entonces nada había vuelto a ser lo mismo.

–Sabías que querías casarte conmigo –musitó, sentándose al lado de ella.

Jade movió la cabeza y lo miró de soslayo.

–Sabía que te deseaba. Más que respirar. Tú me arrastraste a la

boda antes de que me pudiera dar cuenta de lo que pasaba.

–Ah –se reclinó y estiró las piernas largas–. De modo que es culpa mía.

–No he dicho eso.

–Claro que sí. Te engañé para que te casaras conmigo.

–No, bastó con que me besaras –disgustada consigo misma, se apoyó en el banco y cruzó los brazos. La había cautivado de forma tan completa, que si se lo hubiera pedido, habría ido a la luna–. Vámonos –¿qué indicaba eso sobre ella? ¿Qué era débil? Quizá lo fuera. Al menos en lo referente a J.T. O lo había sido, pero desde entonces había madurado. O al menos eso esperaba–. No fue culpa de nadie –repuso al final, con voz apenas audible–. Simplemente, no funcionó.

–Porque no lo intentaste.

–Porque no estaba dispuesta a hacer las cosas a «tu» manera.

–¿De verdad? –desafió con un bufido–. ¿Consideras un matrimonio de cuatro semanas una prueba definitiva para una relación?

–Vamos, J.T., reconócelo. Querías que fuera una esposa y mamá que se quedara en casa, y no quisiste escucharme cuando te dije que necesitaba más.

–Quería cuidar de ti.

–Puedo hacerlo yo misma.

–Ni siquiera quisiste alcanzar un compromiso. No nos diste ni una oportunidad.

–J.T., tú desconocías el significado de la palabra compromiso. Era a tu manera o la carretera. Elegí esto último.

–No fui yo quien se marchó, Jade.

Su carácter amenazaba con salir a la superficie. Apretó los dientes para evitar soltar un discurso furioso. No sabía cómo conseguía empujarla tan lejos en tan poco tiempo.

Nadie había sido capaz de apretar sus teclas del modo en que podía hacerlo J.T. Y daba la impresión de que tres largos años no habían minimizado esa habilidad.

Movió la cabeza y lo miró.

–No pienso seguir este camino, J.T. No ahora –se levantó, ya que prefería luchar de pie. Y lo primero era devolver la conversación a territorio seguro–. He venido a realizar un trabajo. No a pelear

contigo –respiró despacio y hondo, y sintió el aire húmedo y fresco llenar sus pulmones y apaciguar el calor interior–. Podría ser muy sencillo.

También él se incorporó, sin duda con la intención de intimidarla con su tamaño. Mentalmente le deseó suerte.

–Si te damos lo que quieres.

–¿Acaso sería tan terrible?

Él alzó ambas manos, luego las dejó caer junto a las piernas.

–¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que existe un motivo para que la familia real no quiera conceder entrevistas ahora?

–El público…

–Tiene derecho a saber –concluyó él y levantó una mano para impedir que hablara–. Sí, ya lo sé. Los periodistas siempre recurrís a esa línea cuando se os niega algo.

–Es verdad –afirmó Jade.

–Tal vez –reconoció y la miró directamente a los ojos–. Pero quizá a las personas también debería permitírseles un poco de intimidad.

Jade emitió una risa breve.

–Los miembros de la familia real no son «personas». Son noticia.

–Primero son personas.

Jade caminó delante de él. J.T. y ella reproducían una discusión que ya habían tenido. Pero aún era más seguro que hablar de su historia compartida y cómo la habían estropeado.

–No intento realizar un reportaje delicado –indicó.

–Eso depende de tu definición de delicado, ¿verdad?

–¿Qué tiene de terrible que quiera hablar con «mi» reina para averiguar cómo está «mi» rey? Querer cerciorarme de que mi país se encuentra a salvo. Permitir que mis conciudadanos sepan que no deben preocuparse.

–Oh –J.T. se movió para interceptarla cuando quiso desandar el camino por el que habían ido. La tomó de los hombros con sus manos grandes–. De modo que se trata de eso –añadió–. Eres altruista, ¿eh? No te interesan los índices de audiencia ni salir delante de una cámara. ¿Lo haces por tus conciudadanos?

Jade sintió la marca de cada uno de sus dedos a través de la tela de la chaqueta, como si la estuviera marcando con su calor personal. Tal como la había marcado en el pasado. Necesitó unos

segundos para desenmarañar los cables del cerebro para responder.

–Tienes razón –convino–. No es solo porque crea que el pueblo debería saber lo que está pasando. Es mi trabajo. Y mi oportunidad de labrarme una carrera por la que… –calló y apartó la vista.

–¿…me dejaste?

–J.T.

–Bien. Lo siento. No iremos por ahí ahora.

No la soltó, y por algún motivo, Jade no tuvo prisa en romper el contacto. Una parte de ella disfrutaba con el calor que fluía de las manos hacia su cuerpo.

Hacía tanto tiempo. Comprendió que era la primera vez en tres años que no tenía frío hasta la médula. Se le resecó la boca y las rodillas le temblaron. Todo en ella gritaba para acercarse más. Para envolverse en sus brazos y pegarse a él. Quería apoyar la cabeza en su pecho y oír el latido constante de su corazón. Quería recordar la sensación de quedarse dormida de esa manera, segura en sus brazos.

Y por eso mismo, se opuso con intensidad al anhelo que la embargaba.

Se apartó el pelo de la cara y lo miró.

–¿No crees que el pueblo de Penwyck siente curiosidad por saber lo que pasa aquí? Nuestro rey se encuentra en coma y su hermano gobierna en su lugar. El príncipe Dylan acaba de regresar y la princesa Megan está embarazada. Son noticia, J.T. El país es un hervidero y nadie habla con la prensa.

J.T. la soltó y ella trastabilló uno o dos pasos hacia atrás antes de controlarse. Maldita sea, no podía tocarla sin querer… sin necesitar más. Y no podía tenerla. Estaba perdida para él. Tanto como lo había estado cuando abandonó su diminuto apartamento con solo una triste mirada de despedida.

Alzó la mano y se mesó el pelo. Era esperar demasiado. Su jefe jamás debería haberle asignado acompañar a Jade. Era algo que sobrepasaba con mucho la llamada del deber.

Pero ella tenía razón en una cosa. La situación era un caos. Y dependía de hombres como él mantener la tapa cerrada sobre lo que podía ser la última caja de Pandora. Que saliera una historia más del palacio y el caos podría ser mayor.

–Vamos –dijo de repente. Le tomó el codo con mano firme y

prácticamente la arrastró detrás de él.

–¿Adónde? –preguntó, apresurándose para mantener el paso de él.

–A alguna parte donde podamos hablar sin que me tenga que preocupar de que quieras entrar a hurtadillas en el maldito palacio.

La expresión en la cara de ella le indicó que había dado en el blanco. En cuanto ella aceptó un recorrido sin cámara, había sabido que su plan sería escapar de él para explorar sola. Pero había sido militar y se había enfrentado a enemigos lo suficientemente duros como para prepararlo para una reportera hambrienta de noticias.

Incluso para Jade.

En ese momento solo tenía que pensar en cuánto podía darle para mitigar su apetito y todavía proteger a las personas a su cargo.

Una hora más tarde, seguían conduciendo. El paisaje pasaba zumbando y los dedos de Jade se cerraban en torno al reposabrazos que había en la puerta del lado del pasajero. Miró de reojo al conductor del deportivo y contuvo el aliento. Seguía conduciendo demasiado deprisa. Y aún le hacía hervir la sangre.

Con ambas manos en el volante, guiaba el coche por las curvas con la habilidad que le hizo recordar lo bueno que había sido para guiarla hacia orgasmos que le destrozaban el alma. Junto con el aire otoñal, experimentó un nudo en el estómago. No debería pensar en esas cosas. No debería entregarse a recuerdos vívidos de las manos de J.T. en su cuerpo.

Estaba metida en serios problemas.

Si tuviera algo de sentido común, abriría la puerta del coche y saltaría. Entonces miró el indicador de velocidad. Se acercaban a los ciento cincuenta kilómetros por hora.

La conversación era imposible por encima del rugido del motor, así que mantuvo la boca cerrada y la vista clavada en el paisaje borroso. Era mucho más seguro que mirarlo a él.

Pero entonces el coche aminoró y lo miró justo a tiempo de verlo sacar el vehículo de la carretera para meterlo en un aparcamiento delante de un pub pequeño de piedra. Las hiedras cubrían la fachada y casi ocultaban el letrero que ponía Corazón de León. Junto al pub se alzaba una casa donde sabía que vivía el

propietario del local. Detrás del pub se extendía tierra abierta, y detrás, el océano.

Cuando J.T. apagó el motor y puso el freno de mano, el silencio fue instantáneo. Pero por debajo de la tranquilidad, estaba el murmullo del mar y el suave suspiro del viento.

Se volvió en el asiento para observarlo.

–¿Por qué aquí, J.T.?

Él se quitó las gafas de sol y le ofreció una media sonrisa.

–¿Por qué no, Jade? ¿Te preocupa?

–No –mintió. Claro que le preocupaba verse absorbida al mundo de J.T., y sabía que volver a abandonarlo la mataría.

Él bajó del coche en un segundo y lo rodeó antes de que Jade tuviera la oportunidad de abrir la puerta. Se la mantuvo abierta mientras ella sacaba las piernas. La falda recta y ceñida subió por sus muslos al adelantarse y se la alisó antes de mirarlo a los ojos.

Los labios de J.T. se curvaron en una sonrisa lenta.

–Puede que seas un incordio, Jade, pero sigues teniendo unas piernas magníficas.

Extendió una mano para ayudarla, y cuando ella la aceptó, frotó el dedo pulgar por sus nudillos hasta que a Jade las rodillas le temblaron de forma peligrosa. Con el cerebro aturdido y las hormonas agitadas, se apartó de la puerta y cuando él la cerró, se soltó la mano y trató de mesarse el cabello.

–Es un error, J.T.

–No sería el primero que cometo –se encogió de hombros.

–Yo tampoco –sopló una ráfaga de viento y se cerró la chaqueta. Sin nada que lo frenara, el viento en esa zona era como un tren de carga. Suspiró, le echó un rápido vistazo al pub y luego lo miró–. ¿Por qué estamos aquí?

–Para hablar.

–¿De qué?

–¿Por qué no empezamos y vemos dónde terminamos?

Jade pensó que una mujer podía tomar esa declaración de diversas maneras. Volvió a sentir un nudo en el estómago y la boca se le resecó al mirarlo a los ojos profundos y oscuros, donde brillaba algo lo suficientemente perverso como para llenarla de calor.

Igual que en los viejos tiempos.

–¿Y bien? –desafió él–. ¿Te apuntas?

Jade observó la vieja puerta de roble del pub. Era el terreno de J.T. Y, por asociación, en una ocasión lo había sido de ella.

Entrar probablemente fuera una decisión estúpida. Pero si se quedaba ahí de pie otros cinco minutos, se congelaría. Tenía que correr riesgos. Sabría dominar la situación. J.T. no era el primer hombre en enloquecerle las hormonas.

«No», le advirtió el cerebro, «solo es el primero que te hace hervir la sangre con una simple mirada».

–¿Qué sucede, Jade? –preguntó él–. ¿Te preocupo?

–¿Parezco preocupada? –preguntó después de tragar saliva y mirarlo.

Con la vista la recorrió de arriba abajo.

–Pareces… –calló largo rato, luego añadió–… la personificación de los problemas.

–Quizá deberías recordarlo.

–Créeme, cariño –esbozó una sonrisa leve–, no es probable que lo olvide.

Se dirigieron hacia el pub y en cuanto se abrió la puerta, Jade quedó envuelta por unos aromas cálidos y familiares que le hicieron pensar que regresaba a casa. En un lado de la sala, ardía un fuego en una chimenea abierta. Unas pocas personas se sentaban a las mesas pequeñas y redondas diseminadas por el suelo de madera gastado pero brillante. Las paredes de piedra estaban alineadas con bancos y en el otro extremo, una barra daba a la cocina.

–Siéntate –indicó J.T.–. ¿Qué te apetece beber?

–Vino blanco.

Él asintió, fue a la barra y palmeó su superficie con la palma. Adelantó el torso y gritó:

–¡Michael! Tienes clientes.

Ninguno de los clientes le prestó atención, ni tampoco a la respuesta que recibió desde la distancia:

–¿Eres tú, J.T., muchacho?

Casi al instante, un hombre bajo, robusto y con calva incipiente, mejillas rubicundas y una sonrisa que le abarcaba toda la cara, apareció detrás del mostrador. Alargó el brazo y palmeó el hombro de J.T.

–Me alegro de verte, muchacho. Ya no vienes mucho por aquí.

–Estoy ocupado –musitó, pero la voz profunda sonó en la sala

sin ningún problema.

–Ah, sí, la vida en palacio –indicó el hombrecillo, luego señaló a uno de sus clientes–. ¿Lo ves, David? Este es el hijo de mi hermano, J.T. Trabaja en el palacio. Mantiene un ojo alerta sobre todas las cosas.

–¿Y cómo está el rey? –preguntó el aludido.

J.T. frunció el ceño. «El público tiene derecho a saber». Quizá Jade tenía razón. Quizá el pueblo de Penwyck merecía saber más de lo que se le informaba. Pero la decisión no dependía de él.

–Bueno, no puede hablar contigo y mantener su trabajo, ¿verdad? –respondió Michael Wainwright. Luego se volvió hacia su sobrino–. ¿Qué te pongo?

–Una pinta para mí y una copa de vino blanco para la dama –con la cabeza indicó en la dirección de Jade.

La sonrisa del hombre se amplió.

–¡Jade! Por todos los truenos, me alegro de verte, cariño.

–Hola, Michael –le sonrió al hombre que en otro tiempo había sido familia.

Durante tres años había tratado de no mirar atrás. Y en ese momento se hallaba justo en medio de su pasado. Miró a J.T. y el calor en los ojos de él atravesó la sala y los años hasta llenarla.

No supo cómo podría volver a sobrevivir al frío.

Capítulo Cinco

–A dos de tres –dijo J.T., y la expresión ceñuda revelaba que aún no podía creer que le hubiera ganado a los dardos.

–Veo que aún no has perfeccionado tu buen perder –le regaló una sonrisa dulce, pero no se molestó en ocultar el brillo de la victoria en sus ojos.

Él fue a recoger los dardos del tablero y regresó a su lado. Le entregó los azules y dijo:

–No me gusta perder.

Nunca le había gustado. Estaba más acostumbrado a manipular las cosas, y a las personas, a su voluntad que a entregarse. Siempre había sido más grande que la vida misma, cargado con una confianza suprema con la que avanzaba por la vida. Antes de que lo reclutara el RII había sido un soldado condecorado. Y el progreso realizado entre las filas del instituto había sido de una celeridad legendaria. Esperaba lo mejor de él y de quienes lo rodeaban, y por lo general lo obtenía. Era un hombre que sabía lo que quería cuando lo veía… e iba tras ello.

Tal como había ido tras ella.

Algo en él lanzaba su corazón a una sobrecarga. Era uno de esos molestos hechos de la vida… como la gravedad.

Aceptó los dardos y le rozó la palma de la mano con las yemas de los dedos, activando otra serie de fuegos artificiales en su sangre. «No le prestes atención», se dijo. No debería ser más difícil que soslayar una avalancha.

Carraspeó, respiró hondo y de pronto preguntó:

–¿Por qué he de darte dos de tres? Ya he ganado.

–Podría haber sido casualidad –retó.

–No lo fue.

–Demuéstralo.

Lo observó con los ojos entrecerrados.

–Sabes muy bien que te he ganado con justicia, J.T.

Él respiró hondo y llenó sus pulmones con aire.

A Jade el corazón le dio otro vuelco.

–Estaba distraído.

–Es penoso –rio–. Eres incapaz de reconocer que he ganado.

–Juego mejor cuando hay una apuesta de por medio.

–¿Qué clase de apuesta? –preguntó con suspicacia.

Él se inclinó, forzándola a echar la cabeza hacia atrás para que sus frentes no chocaran. Con voz baja e íntima, dijo:

–Podríamos jugar por las mismas apuestas que solíamos estipular.

Calor.

Santo cielo, estaba encendida.

Respiró de forma entrecortada, pero logró mirarlo con ojos centelleantes.

–Ni lo sueñes.

–¿Asustada? –bajó más la voz, hasta convertirla en un susurro que le recorrió la espalda y la penetró.

Jade tragó saliva y miró por encima de los hombros a los demás clientes del pub. Se hallaban lo suficientemente distantes como para que murmurara con comodidad:

–No pienso jugar por sexo.

Él enarcó una ceja y esbozó una sonrisa sexy.

–No es solo sexo, encanto. Es sexo ardiente, devastador, impactante… como lo quiera el vencedor, él tiempo que lo desee.

El cuerpo de ella entró en la fase de calor húmedo.

La boca se le resecó.

Y todo en su interior se encogió y gimió.

–¿Lo recuerdas? –susurró.

Tendría que estar muerta para no recordarlo.

En una ocasión, ella había perdido la apuesta adrede, solo para poder disfrutar de ofrecerle placer toda la tarde. La mente se le llenó de imágenes de sábanas bañadas por el sol y de un viento suave que les acariciaba la piel húmeda y desnuda. Casi podía sentir el aliento de J.T. en la mejilla. Probar su boca. Sentirlo bajo las palmas de la mano.

–Veo que recuerdas.

Se acercó aún más, hasta que Jade se sintió rodeaba por él.

–Sí –de algún modo, encontró la fuerza para sacar esa palabra por la garganta.

–Entonces es probable que recuerdes lo que sucedió la última vez que me ganaste a los dardos.

Osciló y cerró los ojos, reviviendo aquella larga noche estival en que J.T. había satisfecho todos sus deseos, tomándola con la boca una y otra vez, hasta que yació exhausta y le suplicó que parara y la dejara recuperar el aliento.

Pero él no había parado. La había llevado más alto y rápido y… «Para», se dijo. «No recuerdes. No dejes que el pasado se apodere del presente». Lo que habían tenido tres años atrás había pasado.

–No hagas esto, J.T.

La mano derecha de él se cerró sobre el brazo de Jade, quien agradeció el apoyo a pesar de que el contacto fue como una salva de fuegos de artificio en un cielo nocturno.

–Lo que tuvimos fue bueno, Jade.

–Durante un tiempo –lo miró a los ojos.

–¿Por qué te fuiste? ¿Por qué te rendiste?

–Ya lo sabes –afirmó con determinación. Se soltó y retrocedió un paso con piernas trémulas.

Él metió la mano libre en el bolsillo y con la otra jugueteó con los dardos de metal. Un músculo en la mandíbula se le contrajo un par de veces y Jade supo que luchaba por mantener el control. Pasados unos segundos, dio la impresión de lograrlo.

–Bueno, ¿vamos a jugar otra vez?

–No quiero jugar contigo, J.T. –y se refería a ambas interpretaciones de la frase.

–Quizá te dejé ganar –indicó.

–¡Ja! –la idea le causó gracia–. No lo creo.

–¿Cómo vas a estar segura si no vuelves a jugar?

–Si juego, y gano… otra vez –añadió–, ¿cuál será mi recompensa?

Él rio entre dientes.

–No existe la posibilidad de que me vuelvas a ganar.

–Mmm. Pero, ¿y si te gano?

–¿El triunfo no es su propia recompensa?

–No necesariamente –contradijo Jade.

Él cruzó los brazos y la observó con cautela.

–Bien. Si no quieres jugar por las viejas apuestas, ¿qué tienes en mente?

–Mi entrevista.

Él soltó una carcajada abierta, y aunque la irritó, tuvo que reconocer que el sonido atronador y profundo le gustó.

–No vas a olvidarte del tema, ¿verdad?

–Creía que eso ya había quedado claro.

–Así es –la sonrisa se desvaneció lentamente–. En cuanto a la entrevista, no soy yo quien puede autorizártela.

–Pero podrías interceder a mi favor.

–Podría.

–Bien –pasó un dedo por los dardos–. Supongo que todo se reduce a saber si tienes valor o te preocupa demasiado que pueda darte una paliza y ganarte otra vez.

J.T. bajó la vista a las manos de ella y algo en su interior se contrajo al verla acariciar con lentitud el dardo. Por su mente volaron imágenes de los dos tendidos entre sábanas revueltas, tan enfrascados el uno en el otro que las horas volaban sin que se dieran cuenta de su paso. Recordó la sensación de las manos de ella sobre su piel y la descarga eléctrica que siempre evocaba ese contacto. Como la primera vez.

Tenía buena memoria. Demasiado buena. Lo recordaba todo. Su aroma, su sabor, los suspiros suaves y dulces que emitía poco antes de alcanzar el clímax. El modo en que su cuerpo le daba la bienvenida y lo acunaba hasta sus profundidades en una clase de amor que nunca antes ni después había conocido.

Respiró hondo como un hombre ahogándose y desterró con celeridad esas imágenes.

Apartó la vista de las manos de ella, la miró a esos ojos increíbles y evaluó sus posibilidades. Era muy buena con los dardos, pero él había tenido tres largos años en los que practicar, subconscientemente tratando de derrotarla a pesar de la ausencia. Bueno, ahí tenía la oportunidad de demostrarse a sí mismo, y a ella, que podía vencerla.

Nunca en la vida había rechazado un desafío. Pero, al mismo tiempo, debía analizar qué sucedería si tenía lugar lo impensable y ella volvía a ganarle.

–¿Preocupado? –preguntó con sonrisa segura.

–En absoluto –descartó las dudas que pasaron por su cabeza.

–Entonces apostamos.

La miró, luego el tablero de dardos y volvió a mirarla.

–Oh, sí. Apuesta cerrada.

–Excelente –en ese momento sonrió como una niña a la que le hubieran dado las llaves de un almacén de golosinas–. Después de la partida, podemos arreglar la hora de la entrevista.

–No seas tan arrogante, cariño –advirtió–. Una victoria afortunada no te convierte en campeona.

–¿Afortunada? –movió la cabeza y retrocedió un paso–. La suerte no tiene nada que ver con esto.

–Mmm. Volviendo a la apuesta… ¿qué recibo yo si gano?

Ella lo estudió con las cejas enarcadas.

–Yo elegí mi premio… ¿por qué no eliges tú el tuyo? –al instante, la recorrió de arriba abajo a medida que por su mente pasaban toda clase de posibilidades. No tuvo problemas en leer hacia dónde iban sus pensamientos, ya que carraspeó y añadió–: Dentro de lo razonable, por supuesto.

Nada de lo que quería de ella era razonable.

–Una cena –se oyó decir–. En mi casa. Tú cocinas.

Jade rio, y el sonido suave y musical se posó sobre él como una promesa.

–Ese no es un premio, J.T. Sabes que soy una cocinera horrible.

–Correré el riesgo.

–Te gusta correr riesgos, ¿no?

–No se puede ir a ninguna parte sin correr algunos riesgos.

–¿Y si te estalla en la cara? –de pronto ella se preguntó si aún seguían hablando de la entrevista.

–Al menos te quedará la satisfacción de saber que lo intentaste.

«Satisfacción». La palabra colgó entre ambos en el aire quieto y Jade tembló un poco cuando unos pensamientos que no tenían nada que ver con los dardos llenaron su mente. El resto de la sala pareció desvanecerse hasta que solo estuvieron ellos dos en el pub en penumbras.

Había sido un error ir con él. Le habría ido mejor si se hubiera quedado en el exterior para congelarse. De esa manera no sentiría el corazón estrujado ni encendido.

Verlo otra vez era duro. Verlo otra vez lejos del palacio era aún más duro. Habían estado en muchas ocasiones en ese pub. De hecho, consideraba a Michael como su propio tío. Había atendido la

barra y ayudado a servir copas. Se había sentado junto al fuego para tener sueños bobos. Ahí, lejos del palacio, J.T. parecía más abordable… lo cual no era necesariamente algo bueno. Pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. El curso se hallaba fijado.

Para evitar verse arrastrada a una representación de su pasado, tenía que ganar la pequeña competición. Ya no era por conseguir la entrevista. Era para mantener a J.T. Wainwright a la mayor distancia segura posible.

–¿Quién tira primero? –preguntó de repente, alejándose de los pensamientos que se desbocaban en su mente.

–Las damas, desde luego –realizó una leve inclinación.

Ella apuntó y tiró el primer dardo. Golpeó en el tablero con un sonido sólido, justo al lado del centro.

Dos horas más tarde, él aparcó delante de la cadena de televisión y apagó el motor. Giró en el asiento y la miró con ojos centelleantes.

–A tres de cinco.

–Ni lo sueñes –Jade rio y movió la cabeza–. Una apuesta es una apuesta, J.T.

–Sigo sin poder creerme que me hayas ganado –musitó con incredulidad–. Nadie me ha ganado en años.

–Estaba motivada –aunque no estaba segura de si la motivación era por la entrevista o para mantenerse fuera del apartamento de él. Pero no importaba.

–Y yo –convino con voz profunda.

Jade abrió la puerta de su lado, bajó y se quitó el pelo de los ojos.

–¿Qué me dices del trato que establecimos, J.T.? ¿Lo vas a respetar?

Él apretó los dedos sobre el volante.

–He dicho que haría lo que pudiera.

–Entonces te veré mañana.

–¿Mañana? –la observó con ojos entrecerrados–. No dije nada de mañana.

–Lo consigas o no, mañana iré al palacio. Y todos los días –prometió, inclinándose–, hasta que consiga esa entrevista –rio y se

apartó del coche. Él parecía descontento, y no podía culparlo–. Nos vemos.

–Sí –murmuró, luego puso la primera y volvió a meterse en el tráfico.

La acera estaba atestada. La gente pasaba a su lado. Despacio, Jade se unió al flujo de humanidad. No había dado más de dos pasos hacia el edificio cuando sintió que los pelillos de la nuca se le erizaban.

Un frío profundo se instaló entre sus omóplatos y fue directamente hacia la columna vertebral. Sintió un nudo en el estómago. La boca se le resecó. Él estaba cerca. Su acosador se hallaba entre la multitud.

En alguna parte.

Cerca.

Y la observaba.

Giró con rapidez y aliento contenido y estudió las caras de la gente que pasaba a su lado. Pero había demasiadas. Y no sabía a quién buscaba. Podría ser cualquiera, desde el anciano sentado en el banco de la parada del autobús hasta el joven del pelo largo apoyado en una cabina telefónica.

Las lágrimas le quemaron los ojos. No estaba segura de que fueran de miedo o ira, o por ambas cosas. Se le aflojaron las rodillas. Se preguntó cuál de esas personas sería la responsable de las cartas y de la cinta de vídeo.

Sintiéndose de pronto muy vulnerable, le dio la espalda a todos y cruzó con celeridad la acera para cobijarse en la seguridad del interior del edificio de TV Penwyck.

–No va a rendirse, Franklin –anunció J.T. mientras iba de un lado a otro de la oficina de su jefe. Después de dejar a Jade en la cadena, había regresado directamente al palacio. Pero distanciarse físicamente de ella no la había desterrado de su mente. De hecho, aún podía oler su perfume, como si se aferrara a la ropa y le recordara las horas pasadas con ella.

–No esperaba que lo hiciera –dijo su jefe, sirviéndose una taza de café de un termo–. ¿Café?

–No, gracias –se detuvo y movió la cabeza.

–Como quieras –Franklin Vancour se reclinó en su sillón de piel y estudió al hombre que tenía enfrente.

–Pretende una entrevista, y quizá lo mejor sería concedérsela para que se tranquilizara.

–Has dado un cambio radical –indicó Franklin.

–Sí, bueno… –se detuvo delante del escritorio–. Es obstinada. E inteligente –«y una maestra con los dardos», se dijo en silencio. Pero eso no tenía nada que ver. Sí, había perdido una apuesta, pero si no creyera que era por el bien de su país, no hablaría en nombre de ella. A pesar de lo que odiaba reconocerlo, Jade tenía razón en varias cosas. Los rumores que corrían sobre el rey iban a empeorar si alguien no los encaraba–. Todo el mundo sabe que el rey está enfermo. Solo alimentamos los rumores al aislar por completo a la prensa.

–Cierto –dejó la taza en el centro del juego de escritorio–. Habíamos esperado ganar unos días, pero, con franqueza, cuanto más esperemos, peor parece.

–Exacto –J.T. se mesó el pelo. Los rumores llevaban semanas circulando. Y no solo en el exterior del palacio. Los guardias, los soldados e incluso algunos miembros de la familia real, todavía desconocían cuál era la condición del rey–. Dijiste que a la reina le gustan los reportajes de Jade.

–Sí, le gusta como trabaja.

–Entonces, ¿quién mejor para llevar a cabo la entrevista?

–De hecho, hablé con Su Majestad esta mañana –indicó Franklin–. Y está de acuerdo contigo.

–¿Y tú no?

–No del todo –reconoció el otro–. Siento una aversión sana hacia los miembros de la prensa. Rara vez aparecen buenas noticias después de una conferencia de prensa o de una entrevista. Pero mi opinión no importa en esto. La reina ha decidido concederle una breve entrevista con la esperanza de mitigar los temores de nuestros ciudadanos.

–¿Cuándo?

–Mañana a primera hora –recogió otra vez la taza y bebió un buen trago–. Que tu ex mujer se presente a las nueve.

J.T. lo miró largo rato.

–Espero que sepas que mi opinión no se basa en el hecho de

haber tenido una relación con Jade.

–Lo sé –parecía cansado. Volvió a reclinarse en el sillón y sostuvo la taza entre las manos, como si necesitara su calor–. Pero tampoco nos hará daño. Al menos hay una reportera en quien podemos confiar que realice un trabajo honesto.

Cuando abandonó el despacho y marchó por el vestíbulo que conducía a la parte delantera del palacio, pensó en las palabras de su jefe. Sí, Jade era honesta. Dolorosamente honesta. Tres años atrás, lo había mirado a la cara para comunicarle que el amor no era suficiente.

*C*apítulo Seis

–Has llegado pronto.

Sobresaltada en sus fantasías, Jade giró en la silla.

–Janine –se llevó una mano al pecho y sintió el latir atronador del corazón–. Cielos, me has dado un susto de muerte.

Su secretaria rio y se sentó en el sillón que había del otro lado del escritorio de Jade.

–Lo siento. No era mi intención. Debías de estar muy concentrada.

Mmm. ¿Concentrada? ¿Se podía llamar así a disfrutar de la imagen mental de estar desnuda en la cama de J.T.?

Menos mal que Janine era eficiente, capaz y no podía leer los pensamientos. Era bochornoso comportarse como una adolescente embobada. Hacía tiempo que sus hormonas no estaban tan agitadas. De hecho, desde la última vez que había visto a J.T. ¿Qué tenía ese hombre que atravesaba todas sus defensas con tanta facilidad?

–¡Eh!

Parpadeó y se dio cuenta de que su secretaria movía una mano delante de sus ojos.

–¿Qué haces?

–Es lo mismo que iba a preguntarte yo –Janine se reclinó en el sillón y cruzó los brazos–. Has vuelto a quedar en trance delante de mí.

–Lo siento –se quitó el pelo de la cara y alargó la mano para recoger la taza y beber un sorbo de café. Tembló y a punto estuvo de tener una arcada.

–¿Está frío? ¿Quieres más?

–Con un tonel me basta –miró a la mujer que tenía enfrente.

Llevaban trabajando juntas dos años y en ese tiempo se habían hecho amigas. Janine era tan ambiciosa como Jade cuando esta había comenzado su carrera. Se veía a sí misma en la mujer un poco más joven. No solo en la actitud y el impulso que mostraba. También había un fuerte parecido entre ambas. El pelo hasta los

hombros de Janine era casi del mismo color que el de ella, y exhibían una complexión similar. A menudo había pensado que eran como hermanas separadas al nacer.

Cuando Jade tenía ocho años, su madre había muerto, y su padre, jamás del todo cómodo con su única hija, se había distanciado aún más. No la odiaba ni nada por el estilo. Lo que sucedía era que Bill Erickson no tenía ni idea de cómo educar a una niña. Se había concentrado en los cuatro hijos varones, y Jade había dedicado el resto de su vida a tratar de parecerse a sus hermanos para que su padre también notara su presencia.

Desde luego, no había funcionado.

–¿Hola? –llamó Janine, y por el tono fue evidente que no era la primera vez.

–¿Eh? –movió la cabeza–. Vaya. Realmente necesito más café. Hoy estoy muy dispersa.

–No pasa nada –Janine se levantó, se alisó la falda azul marino y preguntó–: ¿Qué te parece si me voy a la cafetería de la esquina?

–Oh, Dios –Jade apoyó los codos en la mesa atestada–. Por un capuchino humeante, puedes estipular el precio que quieras.

–¿La oportunidad de ayudarte a editar la entrevista de la reina cuando la consigas? –Janine sonrió.

Otra vez salía a relucir la ambición.

–Cuenta con ello.

–Estupendo –se dirigió hacia la puerta. Se detuvo y miró por encima del hombro–. ¿Puedo ponerme tu abrigo? Dejé el mío en el coche y hace mucho frío fuera.

–Claro. Gracias otra vez.

–Vuelvo en seguida.

Sola otra vez, se concentró en el montón de notas que tenía. Recogió una pluma y realizó algunas anotaciones en la página de preguntas para la reina. En su mente no tenía ninguna duda de que iba a conseguir la entrevista. Solo era cuestión de tiempo.

Sonó el teléfono móvil, y antes de contestar, miró de quién era la llamada. Tembló, tragó saliva y exigió:

–¿Cómo conseguiste este número? No figura en la guía. Es privado.

–¿Has olvidado dónde trabajo?

–Oh –¿Y qué? ¿Les daba el derecho de rastrear a los ciudadanos

particulares a voluntad? Eso parecía–. Bueno, ¿qué quieres, J.T.? –«Así, Jade», se dijo. Ataca. Eso ayudará.

–Sigues encantadora por la mañana, ¿eh?

Cerro los ojos y respiró hondo. No iba a permitir que la llevara otra vez por el camino de los recuerdos. Había dedicado casi toda la noche anterior a dar vueltas en la cama, con el cuerpo encendido por un contacto que no había sentido en tres años. No iba a repetirlo ese día.

Pero tampoco podía permitirse el lujo de enfadarlo. Al menos no hasta haber entrado en el palacio. Se obligó a sonreír y dijo:

–Buenos días, J.T.

–¿Lo ves? ¿Tan duro ha sido?

Cerró los dedos con fuerza en torno al pequeño teléfono hasta que creyó que lo rompería. Se obligó a relajarse.

–Bueno, ¿a qué debo el dudoso placer de que hayas rastreado el número de mi teléfono móvil? –reinó una larga pausa y llegó a creer que había cortado.

–Preséntate en el palacio a las nueve –soltó él al final.

–¿Qué? –el corazón le dio un vuelco y se puso de pie, incapaz de quedarse quieta. Olvidada la irritación en la agitación del momento, esperó, deseando que repitiera lo que acababa de decir.

–Sé que me has oído.

Desde luego. Lo que pasa era que aún no terminaba de creerlo.

–¿Tengo la entrevista?

–Diez minutos.

–¿Diez minutos? –no había hecho falta mucho pincharle el globo. Alzó la lista de preguntas y supo que tardaría más en leerlas en voz alta para sí misma–. No es tiempo suficiente.

–Nueve minutos.

–J.T…

–Ocho.

–Bien –espetó–. Aceptaré diez minutos.

–Bien –suspiró y Jade supo que la situación no lo hacía feliz–. Llega un poco antes. Te acompañaré durante el protocolo.

–Creo que yo podré llevarlo.

–Es probable –convino él–. Pero me gustaría hablar contigo antes de que veas a Su Majestad.

Jade pensó que era una petición razonable. Además, en la

victoria podía ser generosa.

–Estaré a las ocho y media.

–Nos vemos entonces.

–J.T…

Él había colgado y solo oyó la señal de la línea.

No sabía muy bien qué había estado a punto de decir. Solo sabía que la conversación brusca la había picado mucho más que sus discusiones.

–Para ya, Jade –musitó, y cortó la comunicación antes de guardarse el teléfono en el bolsillo.

Volvió a sentarse detrás del escritorio y se dijo que no importaba que J.T. estuviera contento. Era su trabajo. Su carrera. Su elección. Había dejado a J.T. para entrar en ese mundo, de modo que debía tener éxito.

De lo contrario, todo aquel dolor habría sido en vano.

Adrede volvió a recoger la lista de preguntas y, olvidando su necesidad de café, se puso a trabajar.

Jade bajó del taxi y la sangre de J.T. se calentó y espesó en sus venas.

Así de simple.

Jade Erickson agitaba algo en su interior que nunca se había relajado. Durante los últimos tres años, había logrado enterrar la pasión, la necesidad y el apetito que sentía por ella. Se había dicho que no le importaba. Que la había olvidado. Pero habían bastado dos días en su presencia para despertar todo el pasado. Costaba reconocer que una mujer que ya había dejado claro que no lo deseaba podía ponerlo de rodillas.

Pero mientras mantuviera eso firmemente controlado, podría sobrevivir a estar con Jade… sin estar con ella.

–Buenos días –ella lo miró y le lanzó una sonrisa de mil vatios.

–Se te ve más animada –apuntó cuando al fin encontró la voz–. No hay nada como conseguir lo que te propones para animarte, ¿eh? –notó que le había hecho daño y se sintió como un imbécil.

Jade acomodó la tira del bolso negro y luego se apartó el pelo de la cara. Pero el viento tenía otros planes y se lo volvió a agitar, haciendo que J.T. anhelara tocarlo. La chaqueta color verde bosque

hacía que sus ojos brillaran como esmeraldas. Pero a diferencia de esas piedras frías, los ojos de Jade refulgían con un fuego interior que le daban calor al tiempo que amenazaban con consumirlo.

Pero ella parecía helada.

–¿Con tanta prisa olvidaste tu abrigo?

–No, se lo puso mi secretaria y… –calló y una expresión pensativa atravesó sus facciones.

–¿No te lo devolvió?

–Ni siquiera pensé en ello hasta ahora, pero no. Y tampoco llegó a traerme el café. Es extraño.

–Sí, un verdadero misterio.

–Bueno –desterró la confusión que la embargaba–, ¿se me autoriza a entrar o vas a traer a la reina aquí?

Abrió la verja que se interponía como un muro entre ellos y la escoltó al interior. Jade le sonrió al soldado joven que hacía guardia y J.T. notó la expresión aturdida del joven. Cuando activaba su encanto, Jade era más letal que los puños de un boxeador. Casi sintió pena por el soldado. Casi.

–Vamos, Jade –instó–. Te traeré un café.

–Mientras no lo prepares tú.

–Hago un buen café –respondió con una ceja enarcada.

–Sí, si quieres pasarle alquitrán a un tejado.

De hecho, nadie del departamento de seguridad le permitía preparar café.

–Estás a salvo, créeme.

Apoyó la mano en la cintura de ella y la condujo hacia el palacio. Casi sin tocarla, apenas rozando la tela de la chaqueta, pudo sentir la descarga eléctrica de su proximidad. Pero no pensó en ello. No quería recorrer otra vez ese camino.

Al atravesar las amplias puertas dobles, Jade se frenó en seco. Kilómetros de mármol se extendían ante ella y a los lados. Una escalera ancha e imponente ascendía con elegancia desde la planta baja hasta el primer piso. De las paredes colgaban retratos de generaciones de reyes y reinas. Un enorme candelabro de cristal colgaba del techo en el centro del vestíbulo, y bajo la luz del primer sol, cientos de arco iris danzaban alrededor del enorme recinto.

Avanzó un paso y giró hasta dejar que la vista volviera a posarse en J.T.

–Es…

–¿Grande? –metió las dos manos en los bolsillos para evitar alargarlas hacia ella.

–Hermoso. Y muy de cuento de hadas.

–No creo que esa sea la descripción –sonrió.

–Debería serla –entró en la zona de recepción y los tacones repicaron en el centelleante suelo de mármol–. Siento como si debiera susurrar.

–No necesariamente –él trabajaba allí y solía dar por hecho el esplendor que lo rodeaba cada día. Cuando volvió a mirar a Jade, vio que lo observaba pensativa–. ¿Qué?

–Nada –no podría haberle contado lo que pensaba porque ni ella estaba segura. Lo único que sabía con certeza era que J.T. era más excitante que ese lugar. La grandeza que la rodeaba bastaba para quitarle a cualquiera el aliento. Pero en su caso llegaba tarde. Caminar al lado de J.T. surtía el mismo efecto.

–Muy bien –avanzó hacia ella. La tomó por el codo y la guió hacia un corredor estrecho–. Empecemos.

Ella luchó por soslayar el calor que fluía desde el punto de su contacto y que le llegaba hasta la planta de los pies.

El estómago de Jade parecía una montaña rusa, mientras las palmas de las manos se le humedecían y la boca se le resecaba. Miró el reloj de pared del despacho de seguridad mientras esperaba sentada a J.T. Había pasado por toda la secuencia de protocolo con ella y en ese momento solo esperaba recibir el visto bueno.

Faltaban minutos para que pudiera entrevistar a la reina de Penwyck.

–Creo que me voy a indisponer –musitó, luego tragó saliva y esperó que su estómago cooperara y se mantuviera donde se suponía que debía estar.

¿En qué había estado pensando? ¿Por qué había insistido tanto en conseguir la entrevista? Por el amor del cielo, ¿quién era ella para entrevistar a una reina?

Se levantó y fue a la ventana situada en el otro extremo. Contempló otra sección de jardín y deseó poder huir. Llevaba tres años trabajando para ese momento. Esa entrevista era la que iba a

impulsarla a la cima, la que la pondría en una posición en la que podría avanzar en la carrera que siempre había sido tan importante. Una vez llegado el momento, se sentía aterrada. Y no sabía muy bien qué la asustaba más, si la idea de estropearlo o la de tener éxito.

–¿Estás lista?

La voz de J.T. sonó a sus espaldas y se volvió para mirarlo. Los ojos castaño oscuros se clavaron en ella y el calor le apaciguó los nervios.

–Como jamás voy a estarlo –recogió el bolso del rincón del escritorio y luego salió del despacho con J.T. a su lado.

–Tendremos que tomar el ascensor de servicio –explicó él.

–Pero las escaleras… las escaleras de mármol…

–Las están limpiando –la guió pasillo abajo–. Tranquila. El ascensor de servicio es pequeño, pero nos llevará arriba.

–Pequeño –el estómago volvió a darle un triple salto mortal. Se dijo que solo era un breve trayecto, nada más.

J.T. se detuvo y apretó un botón. Al sonar el ruido de un motor, Jade apretó con más fuerza la correa del bolso.

La puerta se abrió y él la siguió al interior. «Es pequeño», pensó Jade. «Demasiado pequeño. ¿Es que no pueden pagar un ascensor más grande para los empleados. ¿Dónde están, en la edad media?»

El corazón le sonaba como un tambor.

El ascensor se detuvo con una sacudida.

Clavó la vista en la puerta cerrada, deseando abrirla. Pasó un segundo. Luego otro.

–¿Por qué la puerta no se abre? –consideró que se trataba de una pregunta razonable.

–No lo sé –apretó varios botones, y cuando no sucedió nada, abrió un panel en la pared y sacó un auricular de teléfono.

La conversación que mantuvo fue en voz lo bastante baja como para que Jade se perdiera casi todo. Al final colgó y se volvió hacia ella.

–Ponte cómoda –indicó claramente disgustado–. Se ha ido la electricidad. Parece que estaremos un rato aquí.

–¿Qué? –lo agarró por el jersey–. Sácame de aquí, J.T. ¡Ahora!

Capítulo Siete

–No podemos estar atrapados –lo soltó, lo empujó y se puso a apretar las teclas del panel estrecho–. ¿Cómo puede haberse ido la electricidad? –preguntó mientras insistía con los botones–. No podemos estar sin electricidad. Es el palacio. La familia real es la propietaria de la electricidad –movió la cabeza, negándose a creerlo–. Los palacios no se quedan sin electricidad.

–La electricidad no se ha ido para todo el palacio. Solo para la parte de atrás, donde nos encontramos. Alguien unió un par de cables que no deberían haberse unido y… –se encogió de hombros. No tenía sentido entrar en los detalles de la torpeza.

–¿Cables? –aturdida, lo miró–. ¿Y por qué no pueden separar esos estúpidos cables?

–Quemaron algo. Relájate, Jade –la observó largo rato y frunció el ceño mientras la veía apretar una tecla tras otra. ¿Qué diablos sucedía?

–Estoy relajada –le aseguró por encima del hombro–. Solo intento arreglar esto, nada más.

–No podemos arreglarlo desde aquí, cariño –bajó la voz de forma instintiva. Nunca antes la había visto de esa manera. La Jade que él conocía no era la clase de mujer que se ponía frenética por una nimiedad.

Le tomó las manos y la obligó a darse la vuelta. Los ojos verdes estaban muy abiertos y asustados, y eso lo impactó. La había visto furiosa y apasionada, tierna y herida, e incluso preocupada. Pero nunca antes la había visto asustada. De modo que hizo lo que le salió de forma natural. La envolvió con los brazos. Le acarició la espalda y sintió la tensión dentro de ella incluso más compacta.

–Eh –susurró–, ¿qué sucede? No hay nada de qué preocuparse, Jade. Pronto saldremos de aquí.

Ella enterró la cara en su pecho y apoyó la mejilla sobre el jersey azul marino. Respiró hondo.

–¿Cuándo?

–Mantenimiento dice que como mucho un par de horas.

–¿Horas? –echó la cabeza atrás y lo miró visiblemente consternada–. ¿Horas? ¿Por unos cables? No. No puedo hacerlo, J.T. No puedo quedarme aquí dos horas.

Le apartó el pelo de la cara y aunque trataba de calmarla, no pudo evitar disfrutar del contacto suave y sedoso de los mechones. Los ojos acuáticos parecían tormentosos en ese momento, con una necesidad que no podía mitigar ni entender.

–¿Qué sucede, Jade? Cuéntamelo.

–Es… –se soltó del abrazo y dio un paso atrás. Observó el entorno cerrado como si buscara una vía de escape. Al no encontrarla, volvió a mirarlo–. Soy un poco… claustrofóbica.

Fue el turno de él de quedar sorprendido.

–Nunca me dijiste…

–Jamás surgió.

–Estuvimos casados –comentó, desgarrado entre la simpatía y la irritación de que le hubiera ocultado ese detalle.

–Teníamos un apartamento bajo. No pareció importante.

–Ahora parece bastante importante –alargó los brazos hacia ella.

Jade se obligó a sonreír, aunque el gesto no le llegó a los ojos.

–Estoy bien. Casi siempre. Quiero decir, puedo soportar un trayecto breve.

–Debiste decírmelo antes de entrar en el ascensor.

–He dicho que no pasa nada cuando es un trayecto corto –rio, y el sonido fue alto y antinatural–. Lo que no se me da bien son las horas en los espacios reducidos.

–Todo esto por una entrevista.

Jade abrió mucho los ojos.

–La entrevista. Se ha estropeado. No me lo puedo creer –movió la cabeza y lanzó una mirada airada hacia el techo–. ¿Alguien ahí arriba me odia o algo por el estilo?

–¿Quieres relajarte con la maldita entrevista? –estalló. Se mesó el pelo con ambas manos y se obligó a calmarse. A recordar que ella estaba asustada. Solo pensaba en su trabajo. Incluso dominada por el pánico, lo primero que le iba a la cabeza era la condenada entrevista.

Los ojos de Jade centellearon y vio la misma ira que bullía en su interior reflejada en ellos. Al recordar el temperamento que tenía,

alzó la mano y se llevó un dedo a la cicatriz que le había provocado en la luna de miel. Ella notó la acción y apretó los dientes.

Olvidado el pánico claustrofóbico en la oleada de ira, le plantó cara como una amazona. Se echó el pelo para atrás y tiró el bolso al suelo. Apartó los bordes de la chaqueta y apoyó las manos en las caderas para observarlo con ojos furiosos.

–Para ti es fácil decir, «Oh, relájate, Jade». De todos modos, tú no querías que tuviera éxito en mi profesión.

–Jamás dije eso.

–No era necesario.

–Ahh… de modo que también lees la mente –asintió con perspicacia y cruzó los brazos–. Diablos, no me extraña que en la cadena te quisieran enviar a este reportaje.

–Eres muy gracioso –espetó–. Pero impreciso. No tenía que leerte la mente para saber lo que pensabas de mi trabajo. ¿No lo recuerdas? Te explicaste con suma claridad.

Lo recordaba. Demasiado bien. Sus peleas, sus discusiones. Ella había querido una carrera, él un esposa. Y no habían sido capaces de alcanzar un compromiso para averiguar si ambas cosas eran posibles. Suponía que eso era lo que pasaba cuando dos personas obstinadas se juntaban. Ninguna quería ceder ni un centímetro.

–Perfecto. Pégame un tiro. Te amaba. Quería cuidar de ti.

–Querías mantenerme tranquilita en casa.

–Vaya delito.

–No he dicho que lo fuera –replicó con un gemido frustrado–. Solo he dicho que no era para mí –dio los tres pasos que la separaban de la otra pared, luego regresó–. Dios, nunca escuchas. Ni entonces. Ni ahora.

Eso le dolió.

–Te escuché demasiado –la agarró de las muñecas y la pegó a él hasta que habría podido jurar que le sentía palpitar el corazón contra el pecho. Ella echó la cabeza atrás para mirarlo y él a punto estuvo de hundirse en el mar de sus ojos. Lo invadió su perfume, inundándolo con sensaciones y recuerdos, hasta que casi se ahogó con ellos. Se obligó a hacer a un lado sus reacciones y a decir lo que llevaba tanto tiempo con ganas de decir–. Aquella última mañana, dijiste que no podrías ser feliz sin una carrera. Que el matrimonio no era suficiente. Que nuestra familia no sería suficiente.

Ella parpadeó para contener las lágrimas y J.T. no supo si eran lágrimas de frustración, ira o simple desdicha.

–Dijiste que necesitabas encontrar tu propio camino –añadió–. Realizar tus propias elecciones y labrarte una carrera que significaría tanto para ti como la mía lo era para mí –la pegó todavía más a su cuerpo–. ¿Lo recuerdas?

–Sí –susurró y se mordió el labio inferior.

–Lo que quiero saber ahora, después de que eligieras marcharte, es si valió la pena. ¿Eres feliz, Jade?

¿Feliz?

En ese momento, lo único que la hacía feliz era su proximidad. Sentía el calor que emanaba de él y su aliento en las mejillas. Contempló los ojos oscuros con los que había soñado durante tres años y supo que seguiría viéndolos en sueños aunque llegara a los noventa.

¿Feliz?

¿Sin J.T.?

Imposible.

Pero no podía decirle eso. No podía contarle que hasta el momento su carrera no había bastado para llenar el vacío que él había dejado atrás. No podía reconocer que quizá, solo quizá, se había equivocado al marcharse.

–Tengo un buen trabajo.

–¿Eres feliz?

–Tengo una buena vida.

–¿Eres feliz? –la voz sonó como un gruñido bajo de necesidad, exigiendo una respuesta.

–Sí –mintió. Lo miró directamente a los ojos y mintió. Porque cualquier otra cosa sería demasiado dura. Contarle la verdad sería como echar sal sobre una herida abierta.

Con tres años de distancia y ninguno había rehecho su vida. Y una voz en su interior le susurraba que estaba feliz. Feliz de que a J.T. le importara. Feliz de que la echara de menos tanto como ella a él.

–Mientes –soltó, abrazándola con una fuerza que amenazó con dejarla sin aire–. Siempre supe cuándo mentías, cariño.

–Te equivocas.

–Me echas de menos.

–No.

–Me deseas.

–J.T….

–Tanto como yo te deseo a ti.

Las rodillas le temblaron, y en lo más hondo de su ser, se humedeció y se encendió por la necesidad. Con respiración trémula, se humedeció los labios y vio cómo él clavaba la vista en su lengua.

–J.T., no hagas esto…

–Jamás he dejado de desearte –comentó sin prestarle atención–. Soñaba contigo, y luego despertaba, excitado por ti.

El deseo se enroscó en el estómago de Jade y se desbocó, enviándole espirales de excitación por el cuerpo.

–Conozco esos sueños –susurró, y reconocerlo en voz alta fue como una especie de liberación. Subió las manos por los brazos de él y con los dedos exploró los músculos que había bajo el jersey amplio que llevaba. Los pechos se le achataron contra el torso y los pezones anhelaron que los tocara. Se movió levemente, empujándose contra su cuerpo, y sintió la erección dura y poderosa.

Al instante le hirvió la sangre y su cuerpo irradió un calor que la envolvió en un mar tan vasto y profundo de necesidad que no hubo escapatoria salvo a través de J.T.

–Basta de hablar –gimió él con los labios apretados.

Le acarició la espalda hasta subir la mano a la nuca de Jade. Introdujo los dedos en su pelo, bajó la cabeza y le tomó la boca en un beso tan salvaje e intenso que le quitó el aliento, junto con cualquier reserva que hubiera podido albergar.

Le separó los labios y dejó que su lengua la sedujera. Al primer contacto húmedo y cálido, ella se entregó a la realidad del momento. Si no lo tenía en ese momento, moriría.

J.T. la apoyó contra una pared, le quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Mientras la enloquecía con la boca, mientras avivaba su fuego interior, con dedos torpes buscó los botones de la blusa de seda de color amarillo pálido. Ella interpuso las manos entre los dos para ayudarlo, y en unos segundos también esa prenda terminó en el suelo. No le importaba. No le importaba nada salvo su contacto. Los dedos de él se movían por su piel. Las manos duras le tomaron los pechos, aún atrapados en el sujetador. Con los dedos pulgar e índice se los frotó, tirando, provocando, y las rodillas se le

volvieron de mantequilla. No podía aguantar más de pie, pero ahí estaba J.T. para sostenerla con la fuerza sólida del cuerpo.

Llevó los dedos al bajo de su jersey e introdujo las manos en el interior para arrancarle la camisa de los pantalones caqui. Entonces se puso a tocarlo, a sentir los músculos duros del abdomen, el torso. Pasó las palmas de las manos por las tetillas planas y lo sintió temblar. Sintió poder y se regocijó en el conocimiento de que solo ella podía poner de rodillas a un hombre tan grande.

Subió con ambas manos y le quitó el jersey y la camiseta, para tirarlos sobre su ropa en el suelo. El torso desnudo, le acarició el pecho bronceado y bien definido.

J.T. la rodeó con los brazos y con rapidez le soltó el sujetador, y cuando dejó que las tiras cayeran por sus hombros, volvió a coronarle los pechos y le acarició las cumbres rígidas de sus pezones con los dedos. Jade gimió y echó la cabeza atrás. Cuando él se inclinó para introducir el primer pezón y luego el otro en la boca, ella gimió más alto, apenas capaz de amortiguar el sonido de placer que la atravesaba.

La lengua y los dientes de él obraban cosas mágicas en su cuerpo, haciéndola temblar con la fuerza de la necesidad que la devoraba. Hacía tanto tiempo que no experimentaba semejantes maravillas.

–Te necesito, cariño –musitó él, y su aliento le provocó piel de gallina.

–Sí, J.T. Ahora. Por favor, ahora.

Bajó con una mano por su cuerpo para subirle la falda hasta acomodársela en torno a la cintura. Luego, con el brazo izquierdo, la levantó para apoyarla contra la pared del ascensor mientras Jade le rodeaba con las piernas la cintura.

Los latidos de J.T, retumbaban en sus oídos. En alguna parte de su interior, se oía una voz lógica que susurraba que estaba loco. Que se encontraban en un ascensor del palacio real. Que podía perder el trabajo por eso.

Pero sabía que valdría la pena.

Soslayó esa voz y posó la mano en su feminidad. Incluso a través de la suave seda de las braguitas, sintió el calor húmedo que lo esperaba, y estuvo a punto de perderse allí mismo. Jade tenía los labios inflamados por los besos. Los pezones se le clavaban en el

pecho y cada vez que respiraba se frotaban contra él, como si necesitara ese ánimo.

Sin quitarle la vista de encima, pasó la mano bajo el tenue elástico por la parte superior del muslo para introducir un dedo en las profundidades de Jade. Ella suspiró y se arqueó ante el contacto, moviéndose contra la mano, meciendo las caderas al tiempo que lo acercaba y lo instaba a profundizar. Justo lo que J.T. deseaba. El dedo que tenía dentro de ella se movió lenta y profundamente; luego fueron dos dedos los que exploraron el calor interior, mientras con el pulgar frotaba el diminuto capullo que representaba su feminidad.

Tembló en los brazos de él y apretó las piernas a su alrededor.

–Lléname, J.T. –susurró con voz quebrada–. Necesito sentirte dentro de mí.

Con respiración dificultosa, liberó la mano y con un movimiento seco, le rompió el elástico de las braguitas. Ella suspiró y se acercó aún más, acariciándole el torso y los hombros, clavándole las uñas en la espalda. J.T. sintió cada contacto, cada caricia, como un hierro al rojo vivo. Lo marcaba para reclamarlo en propiedad, aunque no quisiera su corazón.

Pero por el momento era suficiente.

Con celeridad, se liberó y la penetró. Los ojos de ella se abrieron mucho y brillaron con un calor y una pasión que avivaron los de J.T. hasta que él sintió que ardía desde dentro.

El calor compacto y húmedo de Jade lo rodeó, le dio la bienvenida y lo mantuvo en el lugar que era suyo. Movió las caderas y la alzó más contra la pared. Las piernas esbeltas y elegantes lo atrajeron aún más. Ella echó la cabeza para atrás y él enterró la boca en la curva del cuello que se le ofrecía, oliéndola, probándola, sintiendo el pulso que latía con frenesí contra sus labios, al tiempo que se entregaba a la aplastante necesidad que lo surcaba.

Una y otra vez se retiraba y volvía a embestirla, y cada vez era como la primera. La misma magia, el mismo calor, la misma necesidad. Creciendo hasta que quedó ciego por la urgencia del deseo y sordo a cualquier cosa ajena que no fuera el diminuto mundo creado en el círculo de sus brazos.

Las uñas cortas de Jade se clavaban en su espalda. Las piernas le

ceñían la cintura. La espalda se arqueaba cada vez que la penetraba con mayor profundidad, pero ella no quería ni podía detenerlo. Era como si hubieran estado esperando durante años para llegar a ese clímax. Todo en la vida de Jade se redujo a esos momentos robados en un ascensor detenido, y no importaba nada más en el mundo salvo lo que J.T. le hacía.

Con la sangre hirviéndole en las venas y el corazón martilleándole en los oídos, se obligó a mantener los ojos abiertos, clavados en los de J.T. Necesitaba verlo cuando llegara al clímax. Y a medida que ascendían, a medida que la tensión crecía y se enroscaba en su interior, a medida que la respiración se le entrecortaba, un hormigueo familiar estalló dentro de ella.

–J.T. –musitó.

–Vamos, cariño –instó con las manos ancladas en sus caderas–. Dámelo, cariño. Dámelo todo.

Ella agitó la cabeza y tragó saliva. Luchando por mantener a raya la satisfacción, murmuró:

–Sin ti, no. Esta vez tenemos que encontrarlo juntos.

–Juntos –repitió con un gemido y se inclinó para darle un beso. Un breve contacto de los labios antes de erguirse–. Ahora, cariño.

Ella sintió su rendición y se dejó llevar, perdiendo con celeridad el control. Mientras J.T. palpitaba dentro de su cuerpo, recorrió la cima de una ola de sensaciones que la elevó más y más hasta que al final estalló sobre la playa y le dejó el corazón, la mente y el alma fragmentados a su paso.

*C*apítulo Ocho

En el sótano, dos hombres estaban en cuclillas alrededor de una masa de cables que salían de la pared. El hombre alto y uniformado de pie detrás de ellos los miraba furioso.

–¿Y bien? –demandó–. ¿Lo podéis arreglar o no?

Uno de los trabajadores miró ceñudo unos segundos al observador.

–Claro que podemos. Lo que pasa es que requiere cierto tiempo, eso es todo.

–¿Cuánto? –inquirió el soldado.

Un sonido seco, seguido de una serie de chispas blanco azuladas, los interrumpió. Cuando el olor a caucho quemado impregnó la atmósfera, el trabajador suspiró, sabiendo que unos pocos cables más habían caído.

–Falta un rato.

Disgustado, el soldado se marchó para presentar su informe. No querría estar presente cuando J.T. Wainwright saliera de ese ascensor. Estaría lo bastante furioso como para disparar primero y preguntar después.

–Espero que no arreglen el ascensor pronto –murmuró J.T sobre la base del cuello de Jade–. Si la puerta se abriera en este instante y el rey estuviera detrás, no creo que tuviera fuerza para que me importara.

Jade se aferraba a él, sabiendo que era lo único que la mantenía en ese planeta. Sin el pesado cuerpo presionado contra el suyo, probablemente flotaría, ingrávida, más allá del techo del ascensor, hasta el cielo abierto.

Jamás había experimentado algo semejante. Ni siquiera cuando estaban juntos tres años atrás. El sexo siempre había sido fabuloso entre ellos, pero el de ese día inventaba una categoría propia.

–No creo que pueda moverme –musitó Jade.

–No hay problema. Me gustas tal como estás.

Y a ella también. Con el cuerpo de J.T. todavía dentro, se sentía… completa, por primera vez en años. Por primera vez desde que se separó de él.

Él alzó la cabeza y le sonrió.

–¿Cómo va tu claustrofobia?

–Creo que me encuentro curada –rio.

–Considérame tu doctor personal.

–Das unas recetas magníficas.

Él se movió levemente y Jade gimió, sintiendo cómo volvía a llenarla a medida que su cuerpo se endurecía.

–Creo que aún no hemos acabado con la cura.

–¿Hay más?

–Oh, sí –bajó la cabeza y la besó.

«Siempre habrá más», pensó con frenesí mientras se apoderaba de la boca con un beso profundo e intenso que exigía tanto como tomaba. Por ella nunca habría suficiente. Era como siempre había sido… la única mujer para él. No parecía importar que lo que habían compartido una vez hubiera desaparecido.

Lo único que importaba era el momento.

Y en ese momento, estaba desnuda y preparada para él.

Movió las caderas, entrando y subiendo más en ella, hasta que no le hubiera sorprendido tocarle el corazón. Y aun así quería y necesitaba más. Quería estar tan profundamente incrustado en ella que nunca más pudieran volver a separarse. Y aunque su mente lógica le decía que era imposible, que había demasiados obstáculos en su camino, el corazón no quiso escuchar.

Y a su cuerpo no le importó.

Mientras la exploraba con la lengua, deslizó una mano entre sus cuerpos hasta que encontró la unión de los muslos de ella. Jade jadeó en su boca cuando el dedo pulgar encontró ese punto sensible. Alzó las caderas y ella se abrió aún más, invitándolo a tocarla, a acariciarla.

Con los dedos la excitó más y sintió cada oleada de satisfacción que la recorrió. Ella alimentó su necesidad, su apetito y le encendió la sangre, hasta que la miró a través de una bruma roja que no quiso alzarse. Jade volvió a temblar en sus brazos y gimió con desesperación cuando el primero de los temblores comenzó a

recorrerla.

–J.T… J.T…

–Está bien, cariño –murmuró–. Siéntelo. Solo siéntelo, Jade. Deja que te lleve otra vez hasta allí.

–Solo tú, J.T. –se movió contra él, echó la cabeza atrás y gimió con los dientes apretados a medida que el clímax la golpeaba con dureza. El cuerpo le tembló con la fuerza del impacto.

J.T. vio cómo los ojos se le ponían vidriosos y la piel se le encendía. Sintió cómo el cuerpo se le contraía y palpitaba.

Y cuando la última oleada pasaba sobre ella, se movió en su interior en una danza lenta y erótica que la mantuvo colgando del precipicio. Los enloqueció a ambos con penetraciones prolongadas y lánguidas, sintiendo cada milímetro de ella mientras lo recibía en su interior.

–Otra vez –jadeó Jade al tiempo que le cubría los hombros con los brazos. Aferrándose, levantó más las piernas–. Tómame otra vez, J.T. Llévame aún más alto.

Un gruñido bajo estalló de la garganta de él cuando le dio lo que quería, lo que ambos necesitaban. Entrando y saliendo de ella, ambos experimentaron unas sensaciones salvajes y embriagadoras, y en el momento de descender, la abrazó con calidez y amortiguó su caída.

La pasión era una gran niveladora.

Dos personas enfrascadas la una en la otra no veían, no oían, no sentían nada del mundo exterior. Pero en cuanto la pasión se saciaba, todo se precipitaba de regreso. Jade cerró los ojos unos momentos y apoyó la frente en su hombro. A pesar de lo que acababan de compartir, absolutamente nada había cambiado.

–¿Estás bien? –susurró él.

–Sí –respondió, porque era más fácil que la verdad.

Se separó de ella y la puso con gentileza de pie. Jade giró y recogió su blusa. Al erguirse, su mirada se posó en algo que antes no había notado.

–Oh, Dios.

–¿Qué? –alargó una mano hacia ella.

–¿Eso es lo que creo que es? –preguntó, señalando.

Él siguió la dirección de la mirada de Jade. Los dedos se cerraron con fuerza sobre el hombro de ella.

–Maldición.

–Lo tomaré como un sí –indicó, sin dejar de mirar la cámara de seguridad emplazada con discreción en un rincón del techo. Con rapidez le dio la espalda y se puso el sujetador y la blusa en tiempo récord. Le preocupaba vestirse delante de la cámara cuando ya… «Oh, Dios». Los dedos volaron sobre los botones y le lanzó una mirada rápida a J.T.–. Por favor, dime que si el ascensor no tenía electricidad, la cámara también estaba apagada.

Él frunció el ceño al tiempo que se ponía la camiseta y el jersey. Mientras ella le daba la espalda a la lente de cristal, J.T. se acercó para inspeccionar el artilugio. Transcurrió un minuto. Jade lo supo porque contaba los segundos.

–Está bien –anunció él–. Quiero decir, estamos bien.

–¿Cómo lo sabes? –no quería darse la vuelta. No quería mirar la estúpida cámara y pensar en lo que podía haber registrado en la cinta de seguridad. Se preguntó si la mostrarían en las fiestas.

–Jade, ¿quieres mirar? –giró para mirarlo, sin fijarse en la cámara–. Está tan muerta como el ascensor –explicó–. No hay luz roja.

–¿Estás seguro? –rezó para que así fuera.

–Estoy seguro –se mesó el pelo y, visiblemente disgustado, añadió–: Pero si hubiera funcionado, no me habría dado cuenta.

–Yo tampoco –convino ella.

–Sí, pero no es tu trabajo estar atenta a todo.

–No es culpa tuya. Nos encontrábamos un poco… distraídos.

Esa simple palabra lo golpeó como una bala. Le lanzó una mirada que la paralizó hasta la médula. Cualquier rastro de suavidad de su cara se esfumó como si jamás hubiera existido; en su lugar, las facciones adquirieron la expresión dura y distante del soldado profesional.

–¿Distraídos? –repitió–. ¿Eso fue todo?

–J.T…

–No me lo creo. Vuelves a hacerlo.

–No hago nada.

–Claro que sí. Diablos, das marcha atrás con tanta rapidez, que casi puedo ver salir humo de tus zapatos.

Era capaz de analizarla mejor que nadie. Aunque en ese instante ese conocimiento no le producía satisfacción. Jade sabía que se distanciaba. Por el bien de ambos.

–Este no es el momento de hablar…

–Nunca lo es, ¿verdad, Jade?

–No es justo.

–Pero sí certero.

–Vamos, J.T.…

Él movió la cabeza con asombro.

–Debí imaginarlo.

–Eres imposible.

–Y tú una mentirosa –se acercó tanto que la dejó sin aliento–. Fue más que una distracción. Más que solo sexo, y tú lo sabes bien, Jade.

Sus ojos ardían con un fuego oscuro que le quemó la piel. Vio cómo un músculo de la mandíbula se le contraía y supo que cerraba los dientes con fuerza. Como todas las veces que se habían peleado. Ella tiraba cosas y él apretaba los dientes. El suyo había sido un matrimonio breve y colorido. E incluso después de tantos años, todavía la conocía mejor que nadie en el mundo.

Sí, hacer el amor con él había sido más. Lo había sido todo. Todo lo que había soñado en esos tres años. El cuerpo aún le vibraba, tenía los nervios en alerta roja, y si J.T. estuviera mínimamente interesado, no le cabía duda de que volvería a desnudarse para entregarse a él.

Y en cuanto ese pensamiento peligroso atravesó su mente, volvió a devolverlo al sitio que le correspondía.

–¿Qué quieres que diga? –exigió Jade, decidiendo combatir el fuego con fuego. Plantó las dos manos en el pecho de él y lo empujó, y aunque fue como si hubiera querido mover una montaña, él recibió el mensaje y dejó de invadirla con su proximidad–. ¿Qué quieres oír, J.T.? ¿Que vi estrellas? Pues las vi. ¿Que fue fantástico? Por supuesto que lo fue –hizo una pausa–. Pero eso no modifica nada.

–Es evidente que tú tampoco has cambiado nada, encanto.

–¿Y eso qué se supone que significa? –espetó, picada.

–Eres la misma Jade de hace tres años –volvió a acercarse–. No solo te mientes a ti misma sobre nosotros, sino que eres una

cobarde que no tiene agallas para quedarse el tiempo suficiente para averiguar si las cosas podrían ser diferentes.

La reacción de ella fue instintiva. Echó el pie derecho para atrás y le propinó una patada en la espinilla. Él hizo una mueca de dolor, pero no mostró ningún otro signo de que le hubiera hecho daño.

–No soy una cobarde.

–Hace tres años, huiste de mí, de nosotros.

–Me marché, no huí. Hay una diferencia.

–No mucha. Solo velocidad.

–¿Piensas que quería marcharme? –preguntó exasperada.

–Jade, hace tiempo que aprendí que no haces nada que no quieras hacer.

–No me diste elección.

–Siempre hay una elección, encanto.

–Y deja de llamarme encanto.

–¿Cambiando de tema? ¿Me acerco demasiado a la verdad?

–Eres un idiota, J.T.

Él chasqueó la lengua.

–No eres muy inventiva con los epítetos, Señorita TV Penwyck –ella echó chispas. Con las cejas enarcadas, él estudió el suelo del ascensor–. Lo siento, esta vez no hay platos que puedas tirarme a la cabeza. Pero estoy seguro de que si vuelves a patearme, quizá olvide lo de que eres una cobarde.

–No lo soy y tú lo sabes. No tenía miedo de ti, J.T.

–No, tenías miedo de quedarte y darle una oportunidad a nuestro matrimonio.

–No habría funcionado.

–Nunca lo sabremos, ¿verdad?

–Sí que lo sabemos. Tú querías una esposa. Una madre para tus hijos.

–¡Fusílame por ser un miserable insensible!

Ella avanzó y lo obligó a retroceder en el ascensor demasiado pequeño. El espacio diminuto ya no parecía molestarle. Le clavó el dedo índice en el pecho y continuó:

–Tú querías la cena en la mesa a las seis. Querías ser feliz quedándote en casa, y no fuiste capaz de comprender que yo pudiera desear más.

–¿Qué hay de malo en un hombre que desea cuidar de su esposa,

de su familia?

–Nada, J.T. ¿Qué hay de malo en una esposa que quiera ayudar? ¿Tomar parte en el futuro de su familia? –él respiró hondo y luego cerró los labios. Mientras apretaba los dientes y guardaba silencio, Jade preguntó–: ¿Qué sucede, J.T.? ¿No tienes una réplica aguda, ingeniosa?

–De acuerdo. Fui obstinado. Cabeza dura. Y tú también.

–Y chocar de frente no nos estaba llevando a ninguna parte.

–Quizá habríamos podido encontrar un camino –susurró.

–Y quizá hubiéramos continuado haciéndonos daño –tragó saliva y retrocedió un paso–. Yo no quería eso. Para ninguno de los dos.

J.T. se mesó el pelo y dedicó un momento a controlar el temperamento que aún se hallaba demasiado cerca de la superficie. No había querido abrir ese viejo y complejo problema. Pero estar otra vez con ella, sentirla pegada a él… escuchar sus suspiros.. no había podido parar.

–Es como en los viejos tiempos, ¿verdad? –preguntó con una risa breve y dura–. Un sexo extraordinario seguido de una pelea.

–Ya no quiero pelear contigo, J.T.

La miró y su genio se evaporó y solo quedó un aguijonazo de pesar que pareció rebotar por su pecho, dejándolo golpeado. Alargó la mano y pasó las yemas de los dedos por la mejilla de Jade antes de dejar que la mano le cayera al costado.

Luego se inclinó, recogió la chaqueta de ella y se la entregó. Jade se la puso como si se enfundara una armadura. Pero no la necesitaba. Los viejos dolores y heridas se habían alzado entre ellos como un sólido muro de ladrillos.

–El sexo jamás fue el problema entre nosotros, ¿verdad, cariño? –volvió a agacharse para recoger las braguitas rotas del suelo–. Lo que pudo con nosotros fue tratar de vivir juntos, ¿no?

Lo miró y él vio dolor en sus ojos.

–Te he echado de menos, J.T.

–Ah, nena, yo también –la abrazó en un gesto muy parecido a un adiós–. Eso es lo terrible, Jade. Siempre te echaré de menos.

Fuera lo que fuere lo que pensara decir ella, se perdió cuando el ascensor se sacudió, los motores volvieron a vibrar y empezaron a moverse otra vez.

–Parece que ya han solucionado el problema –comentó él de

forma innecesaria.

Jade le quitó las braguitas y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. Se arregló el pelo, levantó el bolso, se lo pasó al hombro y lo miró.

–¿Estoy bien?

–Hermosa. Como siempre.

Pero ya tenía los ojos velados. El J.T. con el que acababa de estar había desaparecido, dejándola con el experto en seguridad a quien no le gustaban los periodistas.

Y Jade sintió un gran dolor en el corazón.

*C*apítulo Nueve

Cuando la puerta se abrió, J.T. al instante supo que sucedía algo. El soldado joven que esperaba frente al ascensor alzó la vista y se puso firme.

–Señor. El señor Vancour desea verlo en la sala de recepción de la reina.

–¿Ahora? –agarró el brazo de Jade y la inmovilizó, cuando el deseo de ella habría sido alejarse.

–De inmediato, señor –el soldado indicó a Jade con la cabeza–. La señorita Erickson debe acompañarlo.

Eso no tenía sentido. J.T. miró el reloj de pulsera y se dio cuenta de que habían estado atrapados en el ascensor poco más de una hora. La reina, como el resto de la familia real, pasaba casi todos los días sometida a una agenda estricta. Aunque sin duda el público consideraba que los miembros reales llevaban una vida indolente, su tiempo estaba muy ocupado, desde asuntos benéficos hasta reuniones políticas. Y en eso no se incluían los asuntos cotidianos de tratar de tener una vida familiar.

Considerando todo eso, supo que era imposible que la reina permaneciera sentada en su salón a la espera de que Jade fuera liberada de un ascensor atascado. Sin duda la entrevista pasaría a otro día. El hecho de que los condujeran a una reunión que no debería tener lugar le indicó que sucedía algo.

–¿Qué pasa? –preguntó Jade cuando marcharon por un pasillo alfombrado.

–No estoy seguro –reconoció él, pero no le soltó el brazo, y no supo muy bien por qué.

A pesar de que las pisadas estaban amortiguadas, parecían reverberar en el pasillo. J.T. percibió la fascinación que despertaba en Jade la zona privada del palacio que muy pocas personas llegaban a ver. Cuadros de paisajes, retratos y el ocasional tapiz adornaban las paredes de color crema. Sillas y mesas se alineaban ante las paredes, junto con objetos de antigüedad asombrosa que

por el cuidado recibido no delataban su edad. Una luz suave se proyectaba de las lámparas y creaban charcos de claridad en la alfombra roja. Unas cortinas pesadas de terciopelo adornaban las ventanas y evitaban que el sol de la mañana dañara las telas frágiles.

J.T. daba por sentada la belleza que lo rodeaba. Después de tres años de servicio en el palacio, hacía tiempo que había dejado de estar impresionado con su elegancia. Para él no era más que el hogar de la familia real. El hogar que había jurado defender. Pero en ese momento, al verlo a través de los ojos de Jade, sintió una oleada de orgullo patriótico.

–Es hermoso –susurró ella, absorbiendo todo lo que se presentaba ante sus ojos.

–Mmm. Es por aquí. La segunda puerta –de pronto Jade se detuvo a su lado y lo frenó–. ¿Qué pasa?

Ella tragó saliva y lo miró con timidez.

–Quería un segundo para recuperar el aire –respiró hondo. Ya tendría un colapso luego. En ese momento, delante de J.T., no pensaba parecer nerviosa.

Nerviosa.

Una palabra insuficiente para lo que bullía en ese momento en su interior. Había ido al palacio a realizarle una entrevista a la reina. Algo que ya de por sí asustaba. Luego había quedado atrapada en un ascensor y había hecho el amor de forma salvaje con su ex marido. Un día típico en su vida.

Miró la puerta abierta. Más allá del umbral estaba todo por lo que había luchado durante años. Y en ese instante una parte de ella no quería ir. ¿Qué lógica había en ello?

Todo se reducía a los siguientes minutos. Se preguntó si tenía lo que hacía falta para encararlos.

Había alcanzado el punto de no retorno.

–Vamos –extendió el brazo en invitación para que lo precediera.

–Sí –alzó la barbilla y caminó erguida hacia la puerta abierta, sin querer pensar en el hecho de que estaba a punto de conocer a la reina… mientras en el bolsillo de la chaqueta llevaba las braguitas rotas.

Santo cielo.

La sala de recepción, a diferencia del vestíbulo débilmente

iluminado, era luminosa y amplia. Unas cortinas de lino abiertas dejaban pasar la luz del sol a través de unos ventanales que daban al rosal. Justo frente a los ventanales se erguían dos sillones de estilo reina Ana con una mesilla redonda entre ambos. En la superficie de la mesa había un jarrón de porcelana lleno con rosas de todos los colores posibles. Rojas, amarillas, marfil, lavanda… se abrían en el jarrón con una elegancia natural para llenar la estancia con su fragancia. A la derecha había un escritorio bonito y repujado, lleno de papeles. Unas librerías alineaban dos paredes y una chimenea de mármol exhibía un fuego alegre y acogedor.

Estaba rodeada de belleza.

Pero la reina no se hallaba presente.

Jade contuvo su decepción y miró al hombre mayor que caminó hacia ellos.

–Señorita Erickson, soy Franklin Vancour, jefe de…

–Del RII –concluyó por él–. Sí, lo sé.

Él asintió.

¿Qué hacía el jefe de seguridad del palacio esperándola?

–¿El problema? –inquirió J.T.

El hombre le lanzó una mirada rápida antes de volver a concentrarse en Jade.

–Su Majestad entiende por qué no ha podido mantener su cita, señorita Erickson…

–Jade, por favor.

–Muy bien. Y se ha ofrecido a establecer un nuevo día.

–Gracias. Pero eso no explica qué sucede. ¿Por qué he sido traída aquí cuando la entrevista se ha postergado?

–Será más fácil que se lo muestre –cruzó la estancia hasta un armario de madera de teca tallado a mano y abrió las puertas para revelar una pantalla de televisión. Encendió el aparato.

Al instante, apareció la cara del reportero más agresivo de la cadena, Vince Battle. Con un micrófono en la mano, le ofreció a la audiencia la expresión «sincera» por la que era tan bien conocido antes de empezar a hablar.

–La mujer joven, Janine Glass, fue secuestrada esta mañana…

Jade se quedó boquiabierta y se acercó un paso. J.T. se situó detrás de ella.

En la esquina superior izquierda apareció la foto de Janine,

mientras Battle seguía hablando:

–Hasta ahora, la policía no tiene ningún indicio sobre la misteriosa desaparición de la mujer, que trabaja en PEN-TV como ayudante editorial de nuestra compañera Jade Erickson. La señorita Erickson ha estado recibiendo cartas amenazadoras. Los mantendremos informados a medida que continúa la investigación…

El rostro de Vince desapareció, sustituido por un anuncio de pastillas de jabón para lavavajillas. Franklin Vancour apagó el aparato en mitad de la publicidad y Jade se lo agradeció. De pronto tenía los nervios tensos, al borde de la ruptura, y un bote de jabón podía ser lo justo para hacerla salir corriendo por el pasillo a voz en cuello.

–La policía querría que les respondiera unas preguntas.

–Por supuesto.

Janine. Secuestrada.

De inmediato los recuerdos invadieron su mente. Aquella mañana Janine le había pedido prestado el abrigo para ir a comprar café. Y ella había estado tan distraída con sus problemas, con la entrevista que esperaba conseguir, que no había notado que jamás había regresado.

–¿Cómo pude no darme cuenta? –musitó.

–Jade –la voz sonó baja, tranquilizadora, preocupada. Apoyó la mano en su hombro.

–Es culpa mía –confesó.

–¿De qué estás hablando?

–Janine. Ella… –movió la cabeza y señaló hacia la pantalla en ese momento apagada–… salió esta mañana a comprar café. Yo quería un capuchino. Se ofreció a ir, pero hacía frío, de modo que se puso mi abrigo. Por eso no lo tenía puesto al venir aquí y…

–Os dejaré a solas –indicó Franklin, y abandonó la estancia.

Ninguno de los dos le prestó la más mínima atención.

–Qué estúpida –continuó, alejándose de J.T. para ir a los ventanales a contemplar la tranquila belleza que había abajo–. Me olvidé del capuchino. Hablé contigo, me enteré de la entrevista y olvidé todo lo demás. Dios, tenía tanta prisa por llegar aquí, que salí de la cadena sin mi abrigo. Ni siquiera le dediqué un pensamiento. Debería haber notado que Janine no había vuelto. ¿Por qué no lo

noté?

–No has hecho nada malo, Jade.

Giró para mirarlo. El corazón le martilleaba en el pecho y tuvo que luchar contra un ataque de pánico.

–Claro que sí. Estaba tan concentrada en mis propias cosas, tan llena de mí misma y de mi preciada «carrera», que Janine ni siquiera fue un *blip* en mi radar. No le dediqué ningún pensamiento más –las lágrimas se asomaron a sus ojos y con impaciencia las apartó–. J.T., ¿en qué clase de persona me convierte eso?

–En humana –insistió él, y acortó la distancia que los separaba. La tomó con firmeza por los hombros, la sacudió un poco, más que nada para captar su atención, y afirmó–: Jade, era imposible que pensaras que podían secuestrar a esa mujer.

–No, pero no regresó –alzó una mano trémula para apartarse el pelo de la cara–. Llevaba puesto mi abrigo… –abrió mucho los ojos con expresión asustada–. Fue un error. Dios. Janine fue un error. Quienquiera que se la llevara, pensaba que me tenía a mí.

El dolor en el pecho de J.T. casi lo hizo trastabillar. Cerró las manos con más fuerza en los hombros de ella, como para demostrarse que estaba ahí, con él y a salvo. «Cartas amenazadoras». La voz del reportero reverberó en su mente al comprender que ella tenía razón. Lo más probable era que el blanco fuera Jade. Fue mala suerte para su secretaria que quienquiera que fuera el secuestrador, quedara engañado por un leve parecido y un abrigo prestado.

–¿Qué diablos está pasando, Jade? ¿Qué es eso de las cartas de amenaza? ¿Hace cuánto que las recibes?

–Unas semanas… –movió la cabeza y suspiró, con un cansancio que parecía proceder de su alma.

–¿Semanas? ¿Qué ha dicho la policía al respecto? –la voz adquirió el tono que empleaba para conseguir la atención inmediata de los soldados–. ¿Se las llevaste a la policía?

–Claro –espetó–. Dijeron que lo más probable era que no fuera nada. Que esa clase de persona por lo general es demasiado cobarde para acercarse al objeto de su… afecto –gimió–. Pero se equivocaron, ¿verdad?

Miró a Jade y todo en él se quedó quieto como una estatua. Corría peligro. Había estado recibiendo cartas amenazadoras. Algún

canalla anónimo se había concentrado en ella y solo un abrigo prestado la había mantenido a salvo.

La impotencia, una emoción que rara vez experimentaba, cobró vida en su interior, y su reacción instintiva fue descargarse con algo. Tenía que haber un blanco para su ira, para esa frustración al descubrir que Jade había tenido problemas y él no lo había sabido.

Tres años atrás, había prometido amarla, respetarla y defenderla. En ese momento estaba sola, con una amenaza que flotaba sobre su cabeza. Maldición. ¿Cómo se suponía que debía vivir un hombre con eso?

En sus ojos vio preocupación y sufrimiento, y una bola de furia hirvió en su interior dirigida al hombre que le había provocado ese estado.

–Llegaremos hasta el final. Te lo juro. No volverá a molestarte.

–No lo sabes.

–Oh, sí que lo sé –para sus adentros se juró hacer lo que fuera necesario para que se encontrara a salvo.

–No estoy preocupada por mí, J.T. Janine no está. ¿Cómo podemos solucionar eso?

–Confía en mí –musitó. Le rodeó los hombros con un brazo y la acercó–. Confía en mí.

Después de estar dos horas en la comisaría de policía, subieron a un taxi y fueron al apartamento de Jade. J.T. se negó a dejarla sola y ella no le pidió que lo hiciera. El miedo se concentraba en su estómago, tenía la boca seca, las palmas de las manos húmedas y trataba de decirse que todo iba a salir bien. Pero ni siquiera ella lo creía.

Por la ventanilla del taxi contemplaba los coches que pasaban y a los peatones en las aceras ajetreadas. El sol jugaba al escondite detrás de unas nubes gris acero y unas lluvias esporádicas.

Janine se encontraba ahí afuera, en alguna parte. Se reclinó en el asiento gastado y cuando el taxista dio un giro busco, cayó contra J.T., quien la sujetó antes de que pudiera apartarse. Era grande, fuerte… seguro. Toda ella quería arrebujarse contra él. Pero como lo deseaba con desesperación y no tenía derecho a esperar esa clase de consuelo de J.T., se irguió.

–¿Hace cuánto que recibes las cartas?

–Unas semanas.

–¿Y el vídeo?

Cerró los ojos e imaginó la cara de él mientras observaba el vídeo que le había entregado a la policía unos días atrás. Una furia descarnada había convertido las facciones familiares de J.T. en una máscara de ira que había convencido a más de un agente de aconsejarle que no se tomara las cosas en sus propias manos.

–Me fue entregado en casa hace unos días.

–Entregado.

–Sí.

–De modo que ese tipo, quienquiera que sea, sabe dónde vives.

Ella respiró hondo y luchó para controlar los escalofríos renovados que querían subir por su espalda.

–Sí.

–No vas a quedarte sola en tu apartamento.

–J.T….

–Hablo en serio, Jade –la envolvió con sus dos brazos como si intentara escapar de él.

Ese no era el plan de Jade. Tampoco ella quería estar sola, porque entonces tendría demasiado tiempo para pensar. Para preocuparse por Janine. Para preguntarse dónde estaría en ese momento si hubiera ido ella a buscar el café.

–¿Adónde se supone que voy a ir? ¿A un hotel? –¿donde no conocía a nadie? Al menos en su apartamento conocía a sus vecinos. Había un portero al que podía pedirle ayuda.

–A casa conmigo.

Lo miró y vio que hablaba en serio. Esos ojos oscuros se clavaron en ella con una intensidad que le quitó el poco aliento que tenía. Anhelaba tanto estar con él, que le dolía. Quería arrebujarse en su fortaleza y dejar que el mundo pasara de largo. Al menos durante un rato.

Pero ir con él en ese momento solo complicaría un enredo que habían empeorado con el incidente en el ascensor. Y no representaría una respuesta a su problema, ya que solo sería algo temporal.

–J.T., eso no solucionaría nada.

–Quizá no tiene por qué hacerlo –la abrazó brevemente–. Quizá

solo necesito tenerte donde sé que estarás a salvo. Necesito mantenerte a salvo.

«Y por esta noche», pensó ella, «eso es suficiente».

Capítulo Diez

Los buitres estaban agrupados en el exterior del edificio de apartamentos de Jade, a pesar de la fuerte lluvia.

Cuando el taxi se detuvo en el bordillo de la acera, docenas de reporteros se acercaron. Las cámaras se activaron y los flashes centellearon como pequeños relámpagos, al tiempo que los micrófonos de la radio y la televisión sobresalían como las espinas de un puerco espín.

J.T. le entregó varios billetes al conductor, agarró a Jade del brazo y abrió la puerta.

–Señorita Erickson, ¿es verdad…?

–¿Qué siente por su secretaria…?

–¿Conoce a la persona que la acosa?

La lluvia caía sobre los paraguas y rebotaba en la acera. Los truenos retumbaban en el cielo, ahogando casi todas las voces. Pero los ojos rabiosos y la curiosidad ansiosa vencían a los elementos.

–Apártense –ordenó J.T., casi sacando a Jade del taxi. La pegó a su lado y con su brazo poderoso apartó a los pocos que no se hicieron a un lado.

–Un comentario, señorita Erickson…

–El público tiene derecho a saber…

J.T. no dejó de avanzar y la furia en su rostro mantuvo a la mayoría de los periodistas a una distancia discreta. El portero se adelantó y abrió la puerta justo antes de que llegaran hasta ella, y una vez dentro, el hombre uniformado volvió a cerrarla. El nivel de ruido bajó abruptamente y J.T. le hizo un gesto de gratitud.

–Gracias, Charles.

–No es necesario que las dé, señorita Erickson. Si necesita algo…

Pero J.T, ya se movía.

–Vivo en la tercera planta –musitó Jade dirigiéndose de forma automática hacia las escaleras.

–Lo sé –la desvió hacia el ascensor. Apretó el botón de subida y mientras esperaban, la observó. Los ojos hermosos estaban

hinchados, velados por una especie de desdicha que nunca antes había visto, y su corazón anheló mitigarlo.

–Ascensor –musitó–. Llevo viviendo aquí desde hace dos años y nunca lo he usado.

J.T. se obligó a sonreír, porque creyó que a ella le sentaría bien un gesto de alegría.

–Supongo que después de lo sucedido hoy, los ascensores ya no van a representar ningún problema.

–O el menor de ellos –cerró los ojos y apoyó la frente en el pecho de él–. Cielos, J.T., ¿qué vamos a hacer?

Que pluralizara tuvo un impacto tremendo en él.

Miró por encima de la cabeza de Jade hacia Charles, de espaldas a ellos para ofrecerles un poco de intimidad. Pero más allá estaban los periodistas apiñados ante las puertas de cristal, apuntando con sus cámaras con la esperanza de sacar una buena toma que alimentara los programas de noticias o la primera plana de los diarios.

Detrás de J.T. las puertas del ascensor se abrieron con un sonido suave. La condujo al interior, apretó el botón de la tercera planta y la mantuvo oculta con su propio cuerpo hasta que las puertas volvieron a cerrarse.

Solos, le alzó el mentón con los dedos y la miró a los ojos.

–Lo que vamos a hacer es mantenerte a salvo y esperar… mientras la policía hace su trabajo.

–¿Esperar? –dio un paso atrás, respiró hondo y soltó el aire con gesto trémulo–. Esa es la peor parte. La de la impotencia y sensación de inutilidad.

–Para mí es paciencia.

–Jamás fue una de mis virtudes.

–Lo recuerdo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el tercer piso y ella salió, con J.T. detrás. Jade oyó sus pisadas y contó cada una como una bendición. No sabía cómo había podido vivir tres años sin poder recurrir a él.

Hurgó en el bolso, sacó el llavero y con rapidez abrió los tres cerrojos. Habían sido muy útiles, pero de no haber sido por un abrigo prestado, la habría secuestrado el hombre que había temido que irrumpiera en su apartamento… Los pensamientos se agolparon

en su mente y cada uno exigió su atención, hasta que la cabeza le martilleó con un dolor que casi la cegó.

Dolor, culpabilidad, miedo, furia… todo remolineó en su interior hasta que las emociones exigieron ser liberadas. Tiró el bolso en el sofá y vio cómo su contenido se desparramaba en los cojines y luego caía al suelo. Enterró la cara entre las manos y sintió las lágrimas que no fue capaz de contener. Hacía tiempo que no lloraba. Fue como si dentro de ella se rompiera un dique de aguas descontroladas.

–No puedo creerlo –sollozó.

–No ha sido culpa tuya.

–Odio esto, J.T.

–Lo sé. Me gustaría encontrarme ahí afuera, hacer algo, buscar a ese miserable que te ha estado enviando las cartas –se pasó una mano por el pelo–. Cartas. Un acosador –la vio temblar–. Una carrera, Jade. Esa carrera que tanto anhelabas es lo que te ha traído a este chiflado.

Ella le lanzó una mirada abrasadora con ojos entrecerrados.

–Ahora mismo no necesito eso, J.T.

–Sí, lo sé. Pero está aquí –se pasó una mano por la cara y trató de desterrar la imagen de un chiflado sin cara que seguía a Jade, acosándola desde las sombras, amenazándola. Asustándola. Lo encendía tanto que no podía callárselo–. Esa maldita carrera tuya que te pone en el candelero para que te vea todo el mundo… ese es el problema. Si hubiéramos seguido casados…

–¿Qué? –demandó–. ¿Los locos solo persiguen a la gente famosa, J.T.? ¿Es eso? Bueno, pues algún día pon las noticias y mira algo más que los deportes. No solo acosan a las celebridades –se acercó a él y le clavó el dedo índice en el pecho–. Si hubiéramos seguido casados y tenido hijos y me hubiera quedado en casa como tú querías, podría haberme encontrado con un acosador en el supermercado.

–Es muy improbable que…

–¿Son probabilidades, entonces? –lo miró y en silencio lo desafió a contradecirle–. Esto podría haber pasado en cualquier momento, en cualquier lugar. A menos que hubieras planeado encerrarme en un armario y no dejarme jamás fuera de tu vista.

–Jamás pretendí algo semejante, maldita sea, y tú lo sabes, Jade.

–¿Cómo lo sé? –preguntó, y lo empujó sin que le mejorara el estado de ánimo ver que no era capaz de moverlo–. Lo único de lo que eras capaz de hablar era de cómo sería cuando tú te fueras a trabajar y yo me quedara esperándote con un beso cuando volvieras a casa.

–¿Tan malo es eso?

–Para algunas personas, no –casi gritó, con la esperanza de conseguir que él lo entendiera–. Para mí, sí.

La miró y estudió la intensidad de la expresión que recibió.

–Bien. Quizá fui estúpido y obstinado.

–Mejoramos.

–No pretendía echarte, Jade.

–Y yo no quería huir –musitó, dándole la espalda.

–Pero la cuestión es que lo hiciste. Te marchaste antes de tratar de que funcionara.

–Oh, J.T. ¿Tenemos que pasar por esto otra vez? ¿No hemos apaleado bastante a este cadáver?

El nudo frío que él sentía en el pecho se disolvió un poco.

–Sí, lo hemos hecho.

–Para lo que pueda servir –lo miró con expresión encendida–, me alegra que hoy estés aquí.

–Bien. Acostúmbrate a mí, porque no me voy a ir a ninguna parte.

Casi sonaba como una amenaza. Pero ella eligió tomarlo como una promesa. Por la que sintió un profundo agradecimiento. Sin importar lo que hubiera sucedido entre ellos tres años atrás, no había hombre vivo con quien se sintiera más segura que con J.T.

No sabía lo que habría hecho sin él en las últimas horas. Un frío profundo se había asentado en ella en cuanto vio el rostro de Janine en el telediario, y desde entonces no la había abandonado. Sin importar cuánto se frotara las manos o se apoyara en J.T., el frío permanecía.

Janine había sido secuestrada en su lugar. No había manera de soslayar ese hecho. Hasta la policía estaba convencida de que su acosador había salido del anonimato para cometer un error al llevarse a la mujer equivocada. «Tiene que estar asustada. Tan asustada». Y a diferencia de Jade, ella sí que estaba sola.

–La policía tiene algunas pistas –le recordó ella–. Hay testigos

que vieron una furgoneta delante de la cadena.

–Bien –oyó que la voz se le quebraba–. En la isla no debe haber más de mil furgonetas.

–La encontrarán.

–¿A tiempo? ¿La encontrarán a tiempo? ¿Qué hará ese hombre cuando descubra que se ha equivocado de mujer?

–No lo sé. Y tú tampoco, así que deja de imaginar lo peor.

–Solo puedo pensar en lo peor, J.T.

Más que oírlo, lo percibió detrás de ella. Y cuando se volvió y él la abrazó, cedió a la necesidad de cobijarse. Le rodeó la cintura con los brazos y se agarró como si fuera el último punto estable en un universo incierto. Y lo era.

Todo lo que unos días atrás había sido cierto y apropiado en su vida, ya no existía. Su zona de confort había sido erradicada y no había modo de recuperarla. Durante tres largos años se había engañado. Se había enseñado a creer que no necesitaba a J.T. Que no lo quería. Que no lo amaba. Se había enseñado a creer que la carrera que había construido y labrado de la nada bastaría para eliminar la soledad que reptaba hasta ella durante las largas horas de la noche. Había luchado hasta llegar casi a la cima y en ese momento descubría que no significaba nada. Durante tanto tiempo había trabajado con ahínco, dormido poco y pensado únicamente en el trabajo, que solo en ese momento comprendía lo pequeño e insular que se había vuelto ese mundo.

Y entonces, con un golpe sordo, la realidad había caído sobre ella, empujándola con tanta fuerza, que aún horas después no había dejado de trastabillar.

Enfrentarse a esos periodistas, imágenes calcadas de ella misma, la había golpeado como un puñetazo en el estómago. Su obsesiva persecución de la vital «historia» los convertía en una manada de perros salvajes y hambrientos. Prácticamente habían babeado por la oportunidad de ser los primeros en conseguir que hablara.

No les importaba que tuviera el corazón herido, que su mente se hallara torturada. No les importaba que fuera una persona real, con deseos y necesidades y temores. Para ellos, solo era una historia. Una nota breve en las noticias de la noche. Dos columnas en el periódico del día siguiente.

Y de pronto se sintió asqueada al comprender que había estado

haciendo todo lo que se hallaba a su alcance para convertirse en una de ellos.

–Oh, J.T. –musitó con voz espesa, abrazándolo con tanta fuerza que los brazos le dolieron casi tanto como el corazón–. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía ser como ellos? ¿Cómo podré seguir siendo como ellos?

–No lo eres –le aseguró.

Pero sabía que él se equivocaba. Lo sentía en lo más hondo de su ser. Y como si J.T. captara sus dudas, la apartó un poco para poder mirarla a los ojos, convencerla con la seguridad férrea que emanaba de él.

–No eres como ellos, Jade. Sí, eres periodista. Buena, a pesar de que me duele admitirlo –sonrió–. Pero todavía tienes un alma. Un corazón.

Ella deseó poder devolverle la sonrisa.

–¿Tú crees? –se soltó y se pasó ambas manos por la cabeza–. Yo no estoy tan segura.

–Yo sí.

–¿Cómo puedes estarlo? –giró para desafiarlo–. Te he acosado durante días para poder entrar en el palacio.

–Cumplías con tu trabajo.

Emitió una risa fugaz, llena de incredulidad.

–¡Escúchate! ¿Cómo puedes estar ahí y defenderme cuando has puesto todos los medios que había a tu alcance para mantenerme fuera del palacio?

–Es mi trabajo.

–Todo esto ha salido mal –comentó con la confusión que la dominaba–. No sé cómo. Pero de algún modo, en alguna parte, he perdido el motivo para hacer esto. Para generar todo este caos.

–Jade…

–No –agitó la cabeza con vehemencia–. Tengo que descubrirlo. Tengo que saber. Entonces seré capaz de arreglarlo –caminó de un lado a otro, con pasos veloces y apagados sobre la alfombra mullida–. Mi padre, pero eso es tan políticamente correcto. Si estropeas tu vida, culpa a tus padres.

–Jade, para.

–Tú lo conociste. Viste cómo era con mis hermanos y conmigo. Quería demostrarle que era tan buena como los chicos. Quería que

me mirara y supiera que había hecho algo. Algo bien.

Rio otra vez y el sonido desgarró el corazón de J.T.

La había visto tratar de complacer a su padre, pero incluso entonces, había sabido que era inútil. El viejo jamás sería el tipo de padre que ella quería o necesitaba. No porque no la quisiera, sino porque no era capaz de entenderla. Con un partido de rugby o una noche en el pub, era un hombre afable. Pero en una habitación con su hija, no se le ocurría nada de qué hablar.

–Pero era más que eso –decía ella, sin dejar de ir de un lado a otro del apartamento–. Lo quería por mí misma –lo miró y sus ojos estaban llenos de culpabilidad y remordimiento–. Quería demostrarme a mí misma que podía llegar a la cima. Y cuando me enamoré de ti, no pude dejar que te interpusieras en eso.

–Lo sé –una vieja furia se alzó en su interior, pero la contuvo. No podía añadir dolor a la carga que ya la abrumaba. Dio un paso, pero ella retrocedió, manteniendo la distancia y alzando una mano.

–Te amaba, J.T. Más de lo que jamás amé a nadie. Pero me asustaste.

–¿Qué? –al parecer iban a apalear al cadáver un poco más.

–Querías que yo fuera lo que no sé cómo ser. ¿Qué diablos sé de ser madre, por el amor del cielo? –alzó las manos y las dejó caer sobre las piernas. El labio inferior le tembló y la observó calmarse–. ¿Y esposa? No recuerdo mucho de mi madre, pero sí la recuerdo atender a mi padre como si se tratara de un rey. Hacía lo que él le pedía y cuando lo pedía, para evitar que gritara, y por lo que sé, jamás tuvo una vida propia.

Entre los dos habían logrado estropearlo todo. Claro que Jade lo había abandonado. ¿Por qué iba a quedarse cuando parecía decir y hacer las mismas cosas que su padre?

J.T. había dispuesto de tres largos años para lamentar errores pasados. En ese momento se preguntó si también ella había lamentado lo que habían perdido. Lo que habrían podido tener. Lo que juntos habrían podido encontrar.

–Me asusté y huí. De ti. De nosotros.

–Sí, bueno, yo también cometí un montón de errores –musitó. Habló como si intentara convencer a un animal salvaje de acercarse–. Pero fue hace mucho tiempo.

–Sí –convino ella–. Pero aquí estamos otra vez. Y no sé qué

hacer al respecto.

Avanzó un paso hacia ella y se alegró cuando vio que no retrocedía.

–Quizá no deberíamos preocuparnos de eso ahora.

Ella tembló, un movimiento violento que se inició en la coronilla y le recorrió la totalidad del cuerpo.

–J.T., me encuentro tan cansada de estar sola. Yo…

Llegó a su lado y la abrazó, los corazones latiendo al mismo ritmo. Lo destrozaba ver a una mujer tan fuerte torturarse de esa manera.

–No estás sola, cariño. Ya no –le tomó el rostro entre las manos y la acercó a él.

–No me dejes, J.T. Quédate. Quédate conmigo.

–No me iré a ninguna parte –ni el fuego de un mortero habría podido arrancarlo de su lado. La besó, y en el acto proyectó todo su amor, todo su miedo, todas sus preocupaciones y a punto estuvo de tirarlos a ambos sobre la alfombra. Pero se contuvo a tiempo. La alzó en vilo y musitó–: ¿El dormitorio?

–Allí –señaló y él empezó a caminar.

Apenas habían atravesado la puerta cuando la puso de pie y la ayudó a quitarse la ropa que en ese momento se interponía entre ambos. A los pocos segundos se hallaban desnudos en la cama. La puso de costado y la acarició, deleitándose con la sensación del cuerpo suave bajo sus manos. Las entrañas se le encendieron como un árbol navideño solo con poder abrazarla y tocarla otra vez, y cuando la miró a los ojos, vio el mismo placer desesperado en la expresión de Jade.

Le tomó la boca en un beso profundo y tierno, y mientras disfrutaba de sus labios, de su lengua, le acarició el cuerpo largo y esbelto hasta que tembló bajo él. Deseo, necesidad, dolor y amor titilaron en el aire alrededor de ellos.

La lluvia golpeaba la ventana a un ritmo diseñado para amantes. Envueltos en el cálido capullo del edredón y las sábanas suaves y el calor de los cuerpos deslumbrados, volvieron a encontrarse. El día siguiente sería otro día, las cosas podrían ser diferentes. Podrían cambiar.

«Pero por ahora», pensó J.T. mientras se deslizaba en el calor húmedo de Jade, «esto es lo único que importa». Ella era lo único

que importaba.

Se arqueó hacia él y musitó su nombre. Movió las manos por su espalda y con las uñas lo arañó. Él inclinó la cabeza para besarla mientras los cuerpos se movían al son de esa antigua danza y entonces él supo que había encontrado su hogar. El mismo que había perdido tres años atrás.

El que quizá nunca volviera a encontrar.

El demoledor placer de ser parte de ella y de sentirla penetrar en su alma lo abrumó, desgarrándolo. Le tomó las manos y se las apretó. Se movió y ella se adaptó a él, instándolo en silencio a continuar, queriendo que la elevara más y más.

Y cuando se lanzaron al olvido, dieron el salto juntos.

*C*apítulo Once

Unas horas más tarde, Jade se hallaba instalada en el apartamento en el que J.T. se hospedaba en el palacio. Mientras dormitaba, él se sentó en el sofá y encendió el televisor con el mando a distancia.

Puso el canal de PEN-TV, bajó el volumen y observó a Battle realizar un informe en directo desde el exterior del palacio.

–La policía ha hablado muy poco hoy sobre el secuestro de Janine Glass, asistente editorial de nuestra compañera Jade Erickson. La señorita Erickson no ha estado disponible para ofrecernos sus comentarios, pero PEN-TV ha descubierto que en este momento permanece con Jeremy Wainwright, un miembro de alto rango del RII –con una mano señaló las verjas cerradas a sus espaldas–. ¿Podría significar esto que en palacio disponen de información sobre el secuestro de la señorita Glass? Por el momento, nadie hace declaraciones.

–Dios mío.

La voz de Jade a sus espaldas hizo que apagara el aparato.

–No sabía que estuvieras despierta.

–No puedo dormir –se pasó las manos por los brazos, como si quisiera repeler el frío–. ¿Lo has oído? Ahora hace que parezca una conspiración nacional.

–Es un reportero –se encogió de hombros.

–No nos tienes en alta estima, ¿verdad? –lo miró.

–Supongo que sois un mal necesario.

–¿Como los impuestos?

Le ofreció una media sonrisa, pero Jade ni la notó. Comenzó a ir de un lado a otro del pequeño salón. J.T. la observaba. Con anterioridad había tratado de imaginarla en su casa, pero nunca había terminado de conseguirlo. Tenía uno de los alojamientos más pequeños destinados al personal soltero, pero satisfacía sus necesidades. Si Jade y él hubieran seguido casados, vivirían en uno de los apartamentos enormes que había para los oficiales de alto

rango casados.

En ese disponía de un salón diminuto, un dormitorio, un cuarto de baño y una cocina parecida a una caja de zapatos, poco que mostrar sobre la vida de un hombre. Los premios que había recibido por el cumplimiento de su deber acumulaban polvo, y cuando se acostaba por la noche, se iba solo a la cama. Tenía unos pocos amigos íntimos, pero nada de familia, salvo el tío Mike.

J.T. había esperado que su vida fuera diferente. Había esperado que Jade formara parte de ella. Y al verla allí en ese momento, se torturó con pensamientos de lo que podría haber sido. Pero solo soportó unos pocos minutos de eso. Se levantó del sofá y preguntó:

–¿Quieres beber algo?

–¿Qué? –se volvió y durante uno o dos segundos lo miró con expresión en blanco–. Oh. Bueno.

Fue a la cocina, y sintió que ella lo seguía. El cuarto se hacía más pequeño con cada segundo que pasaba y se dijo que era mejor obviarlo. Cuando acabara la crisis en la que se encontraban sumidos, ella volvería al mundo al que estaba habituada y lo dejaría a él en el suyo.

Sacó dos botellas de cerveza de la nevera, las abrió y le entregó una. Luego cerró la puerta y se apoyó en ella.

–Gracias –ella bebió un trago y luego observó la etiqueta, como si contuviera los secretos del universo.

J.T. bebió dos tragos largos y esperó. No tardó mucho.

–¿Sabes? –Jade no levantó la vista de la botella–, jamás pensé en cómo sería para la persona que se encontraba del otro lado de la historia.

–¿No?

–Ahora sé lo que es ser el blanco de cien micrófonos, tener cámaras apuntadas hacia ti y que te lancen preguntas hasta que quieres gritar –dejó la cerveza sobre la mesa pequeña y se dejó caer en una de las dos sillas–. ¿Y si la policía no atrapa a ese tipo? ¿Y si nunca encuentran a Janine? Entonces, ¿qué?

–Es una isla pequeña, cariño –bebió otro sorbo–. La encontrarán.

–¿Viva? ¿Ilesa? –adelantó el torso y hundió la cara en las manos–. Sea como fuere, el mundo continuará y las únicas personas que recordarán serán la familia de Janine y yo. Para los demás, esta no es más que la última noticia. La semana próxima, habrá algo

distinto. Algo nuevo. Y nada habrá cambiado.

Pero ella sí había cambiado.

Sentía el cambio hasta el alma. Había trabajado con tanto ahínco, había planificado durante tanto tiempo llegar hasta ese punto de su vida. Pero, ¿qué tenía en ese momento, cuando ya lo había alcanzado? De pronto era la presa y no la reportera. Un acosador la perseguía. Su secretaria había sido secuestrada. No podía quedarse en su propio apartamento porque no resultaba seguro.

¿Qué sentido tenía todo?

Había logrado triunfar en una carrera que, de pronto, era menos y menos importante… y, en el proceso, había perdido a J.T. Estar con él, hacer otra vez el amor con él, solo había servido para recordarle lo mucho que había abandonado cuando se marchó de su vida.

Y no sabía muy bien si sería capaz de dejarlo otra vez. Aunque lo quisiera.

Los siguientes dos días J.T. no la perdió de vista. Hasta que la policía encontrara al hombre que buscaba, quería tenerla donde pudiera protegerla. Y el palacio era el único sitio que sabía que era seguro. Allí nadie podría llegar hasta Jade.

Desde luego, vivir de nuevo con ella desterró toda la tristeza de los últimos tres años. Todo lo que habían compartido había vuelto, y casi se ahogaba con la dulzura de poder alargar el brazo y sentirla en mitad de la noche. La abrazaba mientras dormían, le hacía el amor siempre que surgía la oportunidad y en sus momentos más lúcidos, se dedicaba todo tipo de epítetos.

Se estaba engañando.

Sabía muy bien que era algo temporal. Jade no iba a quedarse con él, como no lo había hecho tres años atrás. En una situación de crisis, la gente se unía. Pero en cuanto la crisis quedaba atrás, volvía a separarse.

Lo desgarraba pensar que no tardaría en marcharse y que su apartamento volvería a tener solo recuerdos. Pero, al mismo tiempo, se decía que era mejor de esa manera. Era mejor perderla de golpe antes que dejar que ocupara un sitio en su corazón.

En ese momento, Jade se atormentaba por Janine. Pero cuando encontraran a su secretaria, cuando todo hubiera terminado, luego, ¿qué? Tres años atrás ella no había sido una persona casera, y eso no había cambiado.

–¿Se sabe algo de la policía? –Franklin Vancour se detuvo detrás de él mientras J.T. mantenía una mirada cauta sobre los periodistas acampados aún más allá de las verjas.

–Nada –respondió sin volverse–. Siguen diciendo que estudian las pistas, pero ya han pasado tres días.

–Sí, y los tiburones aún dan vueltas.

J.T. asintió. En ese mismo instante, un par de reporteros trató de entrevistar a los guardias de la puerta. Desde luego, los soldados profesionales ni siquiera los miraron.

–Por otro lado, lo positivo…

J.T. bufó.

–¿Es que hay un lado positivo?

–Con todos los reporteros del país concentrados en tu ex mujer y en la mujer desaparecida, nadie hace preguntas sobre el rey.

Eso no era del todo cierto. En ese mismo instante, una reportera al fin obtenía la entrevista que tanto había buscado.

Se volvió para mirar en la dirección del palacio.

–Casi nadie.

Jade estaba sentada con rigidez en el borde de un sillón Luis XVI y trataba de no dejar que sus nervios se notaran. Era extraño. Llevaba una semana pensando en esa entrevista, y una vez que la tenía, resultaba casi una desilusión. Y tan poco importante en el esquema general de las cosas.

Con Janine aún secuestrada, no conseguía que le importara algo tan trivial como una entrevista real.

Se puso de pie al pensar en eso y fue a los ventanales que daban al rosal. Le habría gustado poder abrirlos para respirar hondo y despejar la cabeza. Tratar de recordar por qué había sido tan importante llegar a ese momento en el tiempo.

El sonido de un roce de tela más allá de la puerta casi cerrada que tenía a la derecha captó su atención, por lo que se acercó un poco más. Con el ceño fruncido, oyó la voz de una mujer y al

siguiente instante la reconoció como la de la reina.

–Le aseguro que yo misma he investigado los hechos –le decía a alguien–. No hay error. Mi hermano estuvo involucrado con los Caballeros Negros y en parte de su plan de secuestrar a mi marido.

Un momento más tarde, la reina bajó la voz. Hubo una respuesta apagada y después uno o dos segundos de silencio. Jade empleó ese momento extra para alejarse de la puerta y volver a sentarse en el bonito pero incómodo sillón.

La cabeza le remolineaba por el impacto de lo que acababa de oír. ¿El rey? ¿Una trama de secuestro? ¿La enfermedad habría sido un ardid para distraer a la prensa y al público? ¿Y qué se suponía que debía hacer ella una vez descubierta esa noticia?

La decisión quedó postergada cuando la reina entró en la sala. Jade se puso de pie al instante, forzó una sonrisa y realizó una leve reverencia.

–Majestad.

–Buenas tardes, señorita Erickson –saludó la otra mujer al avanzar con la mano extendida–. Es estupendo que al fin dispongamos de la oportunidad de hablar –miró un reloj de pulsera fino y de oro–. Pero me temo que solo puede concederle cinco minutos. Hay algunas cuestiones urgentes…

–Lo comprendo –se preguntó cuáles podrían ser esas cuestiones «urgentes»–. Y agradezco el tiempo que me dedica –aguardó hasta que la reina se sentó para ocupar un asiento cercano–. Majestad, todo el mundo ha estado preocupado por la salud del rey.

La reina irguió los hombros y alzó un poco el mentón.

–El rey se encuentra bien. Ha sido atendido por unos médicos excelentes y ha recibido un diagnóstico favorable. No hay motivo de preocupación.

Si eso era verdad, Jade se preguntó por qué veía una sombra de inquietud en los ojos de la reina.

–¿Puede explicarme por qué casi ha habido un aislamiento total a la prensa? Durante semanas en el palacio se ha rechazado hablar con nosotros.

–Estoy segura de que comprenderá que con el rey enfermo, otros asuntos han cobrado precedencia.

Todo sonaba con una racionalidad absoluta. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, Jade quedaba más convencida

que nunca de que había más de lo que saltaba a simple vista. La reina estaba nerviosa. Aunque se mostraba amable como era costumbre en ella, movía los ojos con nerviosismo y parecía reflexionar en cada palabra antes de hablar.

Todos los instintos de Jade demandaban que le expusiera a la reina lo que había escuchado sin querer y pedir una explicación. Pero, al mismo tiempo, titubeaba. ¿Era correcto emplear algo que no debería haber oído? Un rincón de su mente se burló de ella. Claro que no era correcto, pero era lo que hacían los periodistas. Hurgaban en la porquería. Removían hasta que encontraban un punto débil y luego lo presentaban al público, sin importarles que pudieran profundizar en algún daño.

«Y eso», pensó a medida que la entrevista se acercaba a su conclusión, «es lo que me separa del resto de mi profesión».

Simplemente, no tenía esa naturaleza de tiburón.

Pero la cuestión era si quería desarrollarla.

Unos pocos minutos más tarde, abandonó la sala de recepción de la reina con un bloc de notas lleno de citas y el corazón confuso. Al fin lo había conseguido. Tenía la entrevista que tanto había anhelado y permanecía en el pasillo vacío a la espera de que la invadiera una sensación de triunfo.

Pero no llegó.

Era lo que había querido y necesitado para potenciar la carrera por la que tanto había luchado. Debería experimentar una sensación de celebración. Victoria. Algo.

Pero solo tenía más preguntas. La entrevista era una cosa. Pero otra lo que había oído.

No sabía qué hacer. Como periodista, podía ser la historia de una vida. ¿El propio hermano de la reina involucrado en una trama contra el rey? Sonaba como una mala novela decimonónica. Todos los reporteros apiñados ante la entrada al palacio venderían a su madre por disponer de ese pequeño fragmento de información.

Sin embargo, la indecisión que la dominaba se acentuaba por momentos. Su instinto de periodista le decía que encontrara un modo de sacar la noticia. Llamar a la cadena. O, como mínimo, tener acceso a un ordenador y empezar a investigar al hermano de

la reina, los Caballeros Negros y cualquier cosa que pudiera encontrar que le añadiera color a una historia de por sí increíble.

Mientras caminaba hacia las escaleras de mármol que conducían hacia la zona de recepción de la planta baja, observó los cuadros que alineaban las paredes. Siglos de monarcas de Penwyck la miraban como si trataran de intimidarla. Y tuvo que reconocer que se sentía intimidada. Había escuchado por casualidad una conversación privada. ¿Le daba eso derecho a explotar lo que evidentemente era una situación familiar dolorosa?

Los tacones resonaban sobre los escalones de mármol mientras descendía pensativa. Intentó imaginarse como un miembro de la familia real. Vivían allí. Ese era su hogar. En el que ella era una invitada.

Detrás de esas paredes, luchaban por seguir siendo una familia a pesar de la presión que sobre ellos depositaba un país que exigía conocer todos sus secretos. Los triunfos y las tragedias eran expuestos en los periódicos. Las cámaras de televisión captaban cada traspié. Y, no obstante, aún había pequeños secretos que toda familia tenía. Celos, decepciones, celebraciones. Nadie tenía derecho a conocer eso.

Al llegar abajo, se detuvo el tiempo suficiente para mirar hacia las ventanas frontales a la multitud de periodistas aún apiñados más allá de las verjas. Si salía fuera, los gritos comenzarían y las cámaras la cegarían. Apretó los dientes, les dio la espalda a los de su género y avanzó por el pasillo en dirección a la parte de atrás del palacio, donde podría refugiarse en el apartamento de J.T.

–Señora –uno de los soldados apostados en la zona de recepción le hizo una inclinación de cabeza.

Un viento vivo le alzó el cabello y la hizo temblar al dejar el palacio y apresurarse por el patio hacia los aposentos de J.T. Las hojas de otoño remolineaban y bailaban a su paso.

Al entrar, fue directamente al fuego que ardía en la chimenea y se plantó ante él, dejando que el calor penetrara por sus dedos y se extendiera a su cuerpo. Luego apoyó las manos en la repisa estrecha y contempló el pequeño espejo oval que había encima.

Con las mejillas rosadas por el viento, el pelo revuelto y los ojos atribulados, observó su reflejo y dijo:

–Hace una semana, no habrías vacilado. Habrías corrido hacia la

cadena con esa noticia –la avergonzaba un poco reconocerlo.

Pero en ese momento tenía tantas cosas que tomar en consideración. No era solo una periodista. También era ciudadana de Penwyck. Y desde luego no quería informar de nada que pudiera poner en peligro la vida del rey. Pero eso no era todo. También estaba J.T.

Se apartó y contempló la habitación, con todas las condecoraciones al valor y a la lealtad que adornaban las paredes. La había llevado allí para protegerla. Para cuidarla. Había confiado en ella. Y si empleaba la información que había escuchado porque J.T. le había proporcionado un refugio seguro, ¿en qué se convertiría?

La puerta de entrada se abrió y J.T. entró como si el hecho de que Jade pensara en él lo hubiera invocado. Se volvió para mirarlo y leyó curiosidad en sus ojos.

–Al fin has tenido tu entrevista.

–Sí –«y mucho más», pensó. Demasiado más.

–Habría pensado que estarías más contenta –frunció una esquina de la boca–. Llevabas días esperándola.

–Lo sé… –se mesó el pelo con una mano y se preguntó cómo contárselo. Tenía que decírselo. ¿O no?

–¿Has conseguido todo lo que necesitabas?

–Se podría decir que sí –quizá debería callarse. Pero esos mismos silencios eran lo que tres años atrás habían roto su matrimonio. ¿Es que no había aprendido nada?

Él entró y cerró a sus espaldas.

–¿Qué sucede, Jade? ¿Qué es lo que no dices?

Antes de que pudiera responder, sonó el teléfono y no supo si estar agradecida o molesta por la interrupción.

J.T. se dirigió al aparato y levantó el auricular.

–Wainwright.

Se alejó de él, sin siquiera escuchar la mitad de su conversación. Le dolía la cabeza de los pensamientos que no paraban de dar vueltas y lo único que deseaba era contarle todo.

Unos minutos después, él colgó y Jade se volvió para mirarlo.

–Era la policía.

La policía. Santo cielo. ¿Qué clase de persona era que había olvidado, aunque solo fuera por unos momentos, que había una

mujer secuestrada en su lugar? Se acercó con aliento contenido.

–¿Janine?

–Está a salvo.

Suspiró aliviada.

Él metió las manos en los bolsillos.

–Tu acosador la soltó hace dos horas. Parece que logró convencerlo de que la liberara.

El corazón de Jade se desbocó y las rodillas se le aflojaron.

–Esa es Janine –comentó con sonrisa trémula.

–Gracias a la descripción que ha aportado sobre el sitio en el que estuvo, la policía capturó al tipo hace unos minutos –dio un paso hacia ella y apoyó las dos manos en sus hombros–. Se ha terminado. Estás a salvo.

–*A* salvo –unas buenas palabras. Maravillosas.

–Sí. Bueno, supongo que ahora vas a volver a tu casa.

Una buena idea. El único problema era que ya no sabía dónde estaba su hogar.

*C*apítulo Doce

Aliviado de que Janine Glass hubiera sido liberada ilesa, y más especialmente de que Jade ya no corriera peligro, J.T. sintió un nudo en el pecho. Acabada la amenaza, sabía que ella se marcharía. Que regresaría al mundo en que por lo general vivía. El mundo que no lo incluía a él. Era hora de decirle adiós otra vez. Y en esa ocasión el adiós lo mataría.

Tres años atrás, su orgullo se había sentido herido, y al perderla, se había dicho que era lo mejor, que no habían estado sintonizados con sus respectivas necesidades. Había tratado de mitigar la pena diciéndose que encontraría a otra.

Pero la experiencia le había enseñado que no había nadie más para él salvo Jade. Esa era la simple verdad. No pensaba conformarse con otra cosa. Si no podía tener a la mujer que amaba, entonces le esperaban otros treinta o cuarenta años de soledad.

Pero no pensaba rendirse sin ofrecer batalla.

Anheló abrazarla. Para no hacerlo, se metió las manos en los bolsillos.

–Escucha, Jade… –comenzó.

–J.T., tengo que decirte… –habló al mismo tiempo.

La confusión y la preocupación brillaban en sus ojos, y algo frío y duro se asentó en la boca del estómago de J.T.. maldita sea. No pensaba ceder en esa ocasión. No sin pelear.

–No vas a despedirte de mí.

–Yo… –ladeó la cabeza y lo miró fijamente–. ¿Qué?

–Despedirte –recalcó, sacando las manos de los bolsillos para pasárselas por el pelo–. No vamos a repetirlo.

–Esto no tiene nada que ver con una despedida, J.T.

Un breve respiro. Perfecto. Lo aceptaría. Pero ya hablarían del tema. No pensaba ver cómo se marchaba otra vez de su vida.

–Entonces, ¿de qué?

Jade se llevó una mano a la boca y se mordisqueó con suavidad una uña, pero al darse cuenta de lo que hacía, se detuvo. Lo miró,

luego apartó la vista adrede. Respiró hondo y suspiró antes de decir:

–Justo antes de mi entrevista con la reina… Yo, eh, escuché algo que no creo que debiera oír.

J.T. no había esperado eso. Y el hecho de que no lo mirara no presagiaba nada bueno. Al instante su instinto de especialista en temas de seguridad se puso en alerta. Cruzó los brazos y esperó.

–Continúa.

–La puerta de la sala de recepción estaba parcialmente abierta. La reina hablaba con alguien –movió la cabeza–. No pude ver con quién. Supongo que no importa, ¿verdad? Quiero decir, lo importante es lo que oí, no con quién hablaba, y….

–Jade…

–De acuerdo –volvió a respirar hondo–. En realidad, susurraba, como con cierta premura, y dijo que su hermano había estado involucrado en una trama con los Caballeros Negros para secuestrar al rey –lo había soltado. Ya se sentía mejor. Al menos en ese momento no había cosas escondidas.

Entonces lo miró.

Las facciones de él se habían tornado pétreas. Pero sus ojos ardían con un fuego oscuro que la abrasó. Si no lo conociera mejor, estaría retrocediendo. Cielos. Como soldado profesional, ni siquiera necesitaría un arma con la que atacar al enemigo. Con su mirada sería suficiente.

Dejó de mirarla y desvió la vista al teléfono, luego volvió a inmovilizarla con sus ojos.

–¿A quién se lo has contado? ¿A quién llamaste antes de que llegara?

–Oh, eso es muy agradable.

–¿*A* quién?

Ofendida, alzó la barbilla.

–A nadie.

–Claro –bufó, fingiendo reír mientras se dirigía hacia ella–. ¿Esperas que crea que no aprovechaste la mayor historia del año? –levantó el teléfono, marcó dos números y rugió–: Seguridad.

–¿Qué vas a hacer? –exigió ella–. ¿Arrestarme?

Le dedicó otra mirada disgustada.

–No. Pero voy a alertar al departamento de prensa del palacio. Sus especialistas podrán manipular lo que sea que hayas puesto en

marcha.

Dolida hasta lo más hondo de su corazón, simplemente lo miró durante un largo minuto. ¿Cómo podía pensar eso de ella? Después de lo que habían sido el uno para el otro, ¿no la conocía mejor? ¿No confiaba nada en ella? Y, en ese caso, ¿podría existir algo entre los dos?

–¿De verdad crees que haría algo así? –lo rodeó hasta que lo miró directamente a los ojos. Lo que leyó en ellos no hizo que se sintiera mejor. La observaba como si fuera un bicho bajo un microscopio. Alargó la mano, le quitó el auricular y lo empotró en el teléfono–. No se lo conté a nadie –espetó.

La estudió detenidamente, pero por lo menos no volvió a alzar el teléfono.

–Perfecto. No se lo has contado a nadie. Quieres decir todavía.

La furia lo martilleó. Una furia dirigida contra sí mismo, no contra Jade. Había sabido que era arriesgado tenerla en el palacio con él. Había demasiados secretos flotando en la atmósfera. Tarde o temprano iba a tener que tropezar con alguno. Y llegado ese momento, no sabía qué hacer con ella.

Qué idiota había sido. Había creído que en la última semana habían vuelto a conectar. Había estado a punto de pedirle que se quedara con él. Que se volviera a casar con él.

Idiota.

La miró. En algún momento durante el último minuto, Jade había recogido el bolso, dispuesta a marcharse.

–No puedo creer que no confíes en mí –dijo.

–¿Y por qué diablos debería hacerlo? –agitó una mano–. Mírate. Ya estás ansiosa por largarte. Además, de lo único que has estado hablando es de conseguir una exclusiva. Y ahora que descubres el secreto mejor guardado del palacio, ¿se supone que debo confiar en ti para que lo guardes?

Se quitó el bolso y lo tiró sobre el sofá.

–Sí –plantó las dos manos en las caderas y lo miró con ojos centelleantes.

–Claro –maldición, quería confiar en ella. Quería creerla.

–Podría haberlo comunicado –decía Jade–. Dios sabe que lo pensé. Durante un par de segundos, imaginé que hacía la llamada, que escribía la historia y la presentaba ante las cámaras. Pero no lo

hice… no pude hacerlo.

–¿Por qué? –la agarró por los brazos y la acercó. Estudió sus ojos en busca de la verdad. Y la encontró. Conocía muy bien esos ojos como para que pudieran engañarlo. No se lo había contado a nadie, pero eso no lo explicaba todo. Tenía que saber qué había detrás del cambio. Por qué le había dado la espalda al motivo que la había hecho abandonarlo tres años atrás–. ¿Por qué no lo has contado, cuando esto es lo que podría haber cimentado la maldita carrera que tanto anhelabas?

–Quizá… he cambiado.

–Cambiado. Después de acosarme durante una semana en busca de una historia.

–¿Cuesta tanto creerlo?

–Sí –aunque una parte de él, deseaba creer por encima de todo.

Ella hizo una mueca de dolor.

–Bueno, al menos eres sincero.

–¿Por qué? –fue lo único que salió más allá del nudo que tenía en la garganta. La acercó aún más, hasta que sus pechos se tocaron, hasta que cada inhalación lo impregnó con la fragancia floral de Jade. Pero no era lo bastante cerca–. ¿Por qué querrías cambiar ahora? ¿Qué hace que hoy sea diferente a una semana atrás?

Ella respiraba veloz y entrecortadamente. El pulso le martilleaba en la base del cuello. J.T. enterró el impulso de probarla en ese mismo punto y contuvo el aliento cuando ella empezó a hablar.

–Hace tres años, me marché cuando la situación se tornó difícil. En vez de quedarme para luchar por nosotros, huí. Pero ya no soy esa chica, J.T. He crecido… gran parte en esta última semana. Y al fin sé que hay algunas cosas más importantes que una historia, que mi carrera.

–¿Como cuáles? –necesitaba oír lo que esperaba que ella iba a decir. Apretó con más fuerza.

Ella se soltó, lo empujó sin éxito y espetó:

–Como tú, idiota.

Se puso a ir de un lado a otra sin parar de farfullar mientras caminaba, moviendo la cabeza, alzando los brazos y dejándolos caer a los costados.

–Es increíble. No es capaz de entenderlo. Nunca lo ha entendido y nada ha cambiado. Lo amo y aún no me cree. Ya no puedo hacer

esto, lo juro. Es ridículo seguir por el mismo camino una y otra vez para no llegar a ninguna parte.

–¿Puedo decir algo o se trata de un momento privado? –preguntó J.T.

–No hablaba contigo –soltó Jade.

–Has dicho que me amabas.

–Me cuesta aprender.

–Yo también te amo.

Se detuvo en seco y lo miró fijamente.

–¿Cómo puedes amarme y creer que haría algo para traicionar tu confianza?

–Hace tres años, te rendiste con el fin de buscar una carrera que esa historia habría lanzado definitivamente.

–Hace tres años tú dejaste que me marchara –lo miró mientras recordaba–. Entonces lo que me motivaba era el miedo, J.T. Miedo al futuro, a lo desconocido y a mis propias dudas. Sí, huí. Pero tú me dejaste ir.

Alzó una mano para frotarle la nuca.

–Lo sé.

–Pensaba que no te importaba. Desde luego, no lo suficiente como para ir detrás de mí –movió la cabeza, sin hacer caso a las lágrimas que habían empezado a caer por sus mejillas–. Así que no pude volver a casa… ni siquiera después, cuando una enorme parte de mí era lo único que deseaba.

«Dios, el tiempo que he perdido», pensó él, y todo por la terquedad.

–Tienes razón –soltó cada palabra como si tuviera un regusto amargo–. Te empujé a irte, y cuando al final lo hiciste, te dejé ir porque mi orgullo estaba herido. Demonios, Jade, era lo único que me quedaba, así que me agarré a él en vez de ir a buscarte.

–¿Y ahora? –necesitaba saberlo.

–Ahora solo estás tú –la miró a los ojos y se preguntó cómo había sobrevivido durante los tres últimos años sin poder perderse en sus profundidades–. El orgullo no significa nada si te vuelvo a perder. Esta vez no pienso dejar que te alejes de mí, Jade. Tres años atrás, dejé que el orgullo pensara por mí –se acercó lentamente a ella–. Cuando te marchaste, eso casi acaba conmigo, pero no quería que lo supieras. De modo que enterré el dolor y me dije que tenía

que superarlo.

–¿Lo conseguiste?

–No –movió la cabeza. Otro paso–. No es posible olvidarte, Jade.

Ella contuvo el aliento y el corazón le dio un vuelco.

–Y ya me he cansado de intentarlo. Si vuelves a huir, iré detrás de ti.

–No huiré –prometió, mirando en los profundos ojos oscuros, donde, de pronto, podía ver brillar su futuro–. Ya no soy una niña, J.T. Estoy dispuesta a luchar por lo que quiero.

–¿Y qué es lo que quieres, Jade? –se detuvo delante de ella, alzó una mano y pasó las yemas de los dedos por su mandíbula. Entre los dos estalló el calor.

–A ti, J.T. Siempre has sido tú.

Él sonrió, una sonrisa lenta y pícara que avivó las expectativas que ardían en Jade. Cerró los dedos en el mentón de ella y le alzó la cara hasta que sus ojos se encontraron.

–Casémonos otra vez, Jade.

–¿Cuándo?

–Ahora.

–¿Ahora? –rio.

–De acuerdo –cedió–. Ahora la luna de miel. La boda más tarde.

–¡Parece un buen plan!

Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos sin intención de soltarlo. J.T. la alzó del suelo. Inclinó la cabeza para besarla, y cuando sus labios se encontraron, Jade se entregó a la sensación de entrar en el paraíso que solo ellos eran capaces de crear.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

